

Publicado por:

Nova Casa Editorial

www.novacasaeditorial.com

info@novacasaeditorial.com

© 2016, **Andrea Rodríguez Salas**

© 2022, de esta edición: Nova Casa Editorial

Editor

Joan Adell i Lavé

Coordinación

Maite Molina

Cubierta

Vasco Lopes

Maquetación

Elena López Guijarro

Impresión

QP Print

Revisión

Miguel Márquez

Fotografía

Laura Moré

Imagen cubierta

Nova Casa Editorial

Primera edición: agosto 2016

Segunda edición: octubre 2022

Depósito Legal: B 18909 - 2016

ISBN: 978-84-16281-95-4

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Ann Rodd

TRILOGÍA EL DIJE

El dije

LIBRO I.



NovaCasa | *Zelá*

Índice

Capítulo 1.....	13
Capítulo 2.....	29
Capítulo 3.....	45
Capítulo 4.....	59
Capítulo 5.....	71
Capítulo 6.....	89
Capítulo 7.....	101
Capítulo 8.....	107
Capítulo 9.....	117
Capítulo 10.....	129
Capítulo 11.....	141
Capítulo 12.....	153
Capítulo 13.....	165
Capítulo 14.....	177
Capítulo 15.....	187
Capítulo 16.....	205
Capítulo 17.....	215
Capítulo 18.....	225
Capítulo 19.....	235
Capítulo 20.....	247
Capítulo 21.....	259
Capítulo 22.....	267
Capítulo 23.....	281
Capítulo 24.....	287
Capítulo 25.....	297
Capítulo 26.....	309
Capítulo 27.....	317
Capítulo 28.....	329
Capítulo 29.....	339
Capítulo 30.....	353
Capítulo 31.....	363
ESCENA EXTRA.....	371

A mis queridos lectores de Wattpad



Agradecimientos

Esta es la novela más complicada que he escrito en mi vida, superada solo por *El Alma, la secuela*, y estoy segura de que *El arca* seguirá el mismo camino. Sin dudas, no hubiera llegado a este trabajo si no fuera por las lecturas, votos, comentarios, apoyo y cariño que en Wattpad me han dado. Gracias, esta trilogía es lo que es para ustedes y por ustedes.

Gracias a las personitas que hace tiempo ayudaron con esta historia. A Tassi y a las señoritas Frutillas por el primer pdf; a Stella White por su ayuda a la hora de editar este documento. ¡Han sido increíbles! A mis amigas y familia por animarme a enviar la historia a una editorial y a los editores y a Nova Casa Editorial por la oportunidad.

Y gracias a todas las Conejitas Collins que han dado su apoyo a esta serie desde el año 2011. ¡Muchos Conejos para todos!



**«Ignavi coram morte quidem animam trahunt,
audaces autem illam non saltem advertunt»**

«Los cobardes agonizan ante la muerte, los valientes ni
se enteran de ella»

Julio César



Capítulo 1

Zoey dejó que sus ojos vagaran por las aguas del río, mientras los dedos se aferraban a las rejas del puente.

Un grupo de patitos en fila nadaba contra el fuerte viento que traía la tormenta y en ese momento solo atinó a preguntarse por qué hacía semejante cosa. Negó con la cabeza, incrédula. Esas curiosidades de la naturaleza servían de forma perfecta para distraerla un poco de lo nerviosa que estaba en ese momento.

Levantó la mirada cuando una gruesa gota de agua le golpeó la mejilla y entrecerró los ojos, deseando huir de allí. Odiaba mojarse más de lo que odiaba nada más en ese mundo. Las tormentas no le gustaban ni un poco.

Se volteó entonces, bajando la vista hacia Jessica, que se tocaba de forma casual su corto cabello negro. Suspiró, y vio que su amiga y sus demás compañeras hacían lo mismo. En verdad, ninguna quería empaparse, pero no podían entrar al colegio hasta que la profesora de Educación Física regresara.

Miró hacia el final del puente. La costanera del río estaba desierta porque, claro, los habitantes del pequeño pueblo de Villa Helena estaban bien refugiados en sus casas. Ellas eran las

únicas que estaban allí, congelándose los brazos. Justo cuando comenzaba a impacientarse y a mirar la creciente caída de gotas con rencor, la profesora apareció, caminando apresurada.

Antes de llegar hasta ellas, la mujer las instó a que se acercaran a las rejas y las niñas obedecieron, muertas de frío. Sacando un manojo de llaves del bolsillo de su chaqueta de algodón, se metió entre las señoritas y abrió la gran puerta de barrotes negros y adornados.

Las alumnas bajaron las escalinatas y corrieron a través de la plaza circular hasta el abrigo del hall de entrada del colegio. En ese momento la lluvia se lanzó estrepitosamente sobre el lugar.

Zoey bufó, realmente molesta con el clima. No solo no le gustaban las tormentas sino que, a causa de ella, todos sus planes de la tarde libre de los miércoles estaban arruinados. Casi pudo ver a Jess rezongar de la misma forma por el rabillo del ojo. La idea, desde hacía días, era pasar la tarde echadas en el jardín tomando sol y comiendo dulces. Y eso era lo más divertido que se podía hacer allí.

Entraron finalmente al vestíbulo tibio del edificio, observando con desgano las señas de la profesora para continuar la clase de Educación Física en algún aula, de forma escrita.

Era el colmo, eso creía Zoey. A ella le gustaba el ejercicio y la tormenta entorpecía esas actividades porque el campo de deportes, del otro lado del río, a dos cuadras de la costanera, quedaba fuera de su alcance. Se arriesgaban a quedar varadas en el gimnasio en medio de un diluvio de principios de otoño.

Su escuela no contaba con un gimnasio techado, así que no había otra. Era hora de copiar en las carpetas los nombres de los músculos y los huesos, o escribir las reglas del voleibol. Por eso también ahora odiaba la lluvia.

Frotándose los brazos, se apresuró a alcanzar a Jessica para caminar junto a ella, por el pasillo de la planta baja, rumbo a las aulas.

—Esto es genial —masculló Jess. Zoey asintió mientras continuaba masajeándose los codos; tenía piel de gallina—. Es todo lo contrario de lo que me imaginaba de la tarde del miércoles —suspiró—. ¿Puedes creer que hizo un calor horrible y un sol terrible desde el lunes, y debido a las clases no hemos tenido tiempo de disfrutar del aire libre?

Ella hizo una mueca.

—Piensa que la lluvia supone un alivio para el calor —dijo, casi a la fuerza—, al menos quiero convencerme de eso.

—Pero todos nuestros planes se van directo a la basura.

Se sentó en el fondo del aula, decidida a no poner atención a lo que fuera que la profesora pretendiera hacer. Cuando Jess se sentó a su lado, apoyó la cabeza en la mesa y sonrió tontamente. Tan solo había visto por dos minutos el bello rostro de Zack Collins en aquel nefasto día y su recuerdo era suficiente como para olvidar la molesta realidad por largos minutos.

¡Qué daría por una mirada de sus ojos grises! Era capaz de regalar cada una de sus muñecas de colección, las cuales guardaba desde niña con cariño. En verdad sería capaz incluso de arrancarles la cabeza si él lo pedía.

Pero eso no ocurriría, por supuesto, porque Zackary Collins era el chico más popular de ese viejo colegio de construcción colonial. Estaba siempre rodeado de amigos y, para colmo, de chicas. Una de ellas, Mariska Sullivan se la pasaba coqueteándole y la mayoría sabía que Zack se dejaba coquetear.

Zoey no tenía esperanzas. Era menuda, de un cabello rubio oscuro que poco la hacía notar; tenía los ojos bastante grandes para su gusto y así decía todo el tiempo que era igual a una libélula. Por más que Jessica insistiera en lo contrario, ella seguía buscando trucos de maquillaje en internet para que sus ojos se vieran un poco más chicos.

Zack nunca iba a notarla teniendo junto a él a esa morena glamorosa y bella, que le meneaba las faldas delante de su

nariz. Pero soñar no costaba nada y ella inventaba, cada noche antes de dormir, que él, su príncipe azul, la descubría de una forma romántica y boba para no dejarla ir nunca más.

—Zoey —inquirió Jessica, inclinándose sobre ella—, ¿qué estás haciendo?

Soltó la lapicera con la que había estado escribiendo el pupitre. En color azul, ahora rezaban las palabras: *Zack & Zoey*.

—Nada —murmuró.

Jess arqueó una ceja.

—¿Sabías que esta es el aula que usan los de tercero para la clase de Literatura? —Jessica observó cómo su mejor amiga se ponía cada vez más pálida.

—¡No! —gritó Zoey, apresurándose a tomar el corrector líquido blanco.

Zack estaba en tercero; cuando fuera a Literatura vería las palabras escritas en ese pupitre. Pasó el corrector por encima de las palabras y rezó para que a nadie se le ocurriera rasparlo para ver qué había debajo.

Jessica suspiró.

—Vaya cabeza hueca —la criticó sin malicia.

—¿Me creerías que si te dijera que no estaba pensando?

—Claro que sí, ya sé que no estabas pensando en nada. Estabas pensando en él, si cabe decirlo.

—Sí, bueno. Es que... —Zoey frunció el ceño—. A que esto van a verlo seguro.

—Podrías apostar, tal vez.

Ambas guardaron silencio.

—¿Funcionará? —Zoey tocó con los dedos el corrector, que en algunas partes aún no se había secado.

—Hum, puede ser. De todas formas, ambas ya sabemos que Zack no tiene idea de nadie de los cursos inferiores.

—Es cierto, ¡pero déjame tener esperanzas! —se quejó, dándole un manotazo a Jessica en el hombro—. Todavía puedo imaginar que ha oído mi nombre.

Su amiga frunció los labios.

—Hay como doscientos alumnos en esta escuela, Zo. —Se cruzó de brazos, mientras Zoey apoyaba la cabeza en la mesa—. Sabes que él vive en la luna más que nosotras deseando tomar sol en el patio.

—Lo sé, pero somos pocos los que vivimos aquí dentro. Yo reconozco todas las caras de los que se quedan todo el año.

—Pero no Zack. Él es de *ellos*.

Zoey no vivía en Villa Helena, ni tampoco Jess, por supuesto. Pero aquel pueblo era el único en 150 km a la redonda que tenía un colegio privado.

Jess vivía en Carmen Elisa, una de las ciudades con más alto poder adquisitivo de los alrededores. Justamente, la misma ciudad en donde vivían Mariska Sullivan y Zackary Collins. En cambio, ella vivía en un pequeño pueblo rural, más campo que casas.

Todas esas comunidades y pequeñas ciudades quedaban algo lejos de allí como para ir y venir todos los días, por lo que un porcentaje de los alumnos vivía en la escuela en período de clases.

Así, había chicos que se conocían más que otros. Los de Carmen Elisa se conocían de vista; los de Villa Elena siempre estaban más juntos; los de otros pueblos, como Zoey, eran los menos recordados, sobre todo por no coincidir en los veranos.

—Debo ir a tu casa en las vacaciones —murmuró—, será mi última oportunidad para verlo. Luego se irá a la universidad.

—Y nosotras dos seguiremos aquí luchando con la rutina —se lamentó Jess con abatimiento.

—¡Ah! —suspiró—. Si estuviéramos en el mismo curso él sabría quién soy.

—Y estarías bastante aburrida de él, estoy segura. Cuando conoces a alguien tanto tiempo, es poco probable que sigas viéndolo de la misma manera. Yo creo que deberías mirar también a otros chicos —recomendó Jess—. Recuerda que Zack tiene a Mariska deambulando. Si él no ve más allá de esas faldas y tú no le hablas, no creo que termines casada y con cinco niños.

Zoey apoyó el mentón en el pupitre, ignorando intencionalmente la mención de la chica que seguía a Zackary a todas partes. La mayoría creía que eran pareja.

—Los demás no son como él.

—¡Hay chicos bastante lindos, no bromees!

—Pero Zack es único —contestó entre dientes—. Es simplemente perfecto. ¿No has visto lo profundos que son sus ojos? El tono gris que se mezcla con el verde en el extremo de la pupila...

—Está bien —la cortó Jessica, a riesgo de ponerse a reír en su cara—, te acepto que es lindo y popular, pero Adam Smith también es guapo.

Zoey hizo una mueca.

—No —discrepó. Adam tenía expresiones demasiado duras para su gusto. Comparado con Zack, que gozaba de una sonrisa cálida y divertida, parecía un asesino en serie.

Puso la mano debajo de su mejilla, y contuvo los deseos de imaginar que Zackary la notaba en algún momento señalado por el destino. Sin embargo, sus ideas eran algo toscas. La premisa siempre era la misma: que Zack entraba en el aula, buscando alguna cosa, y que sus ojos grises y encantadores se topaban con los suyos, en la típica escena de película que iniciaba el futuro amor. Él se quedaría pasmado al verla por primera vez, se marcharía del salón anonado y preguntaría su nombre a cuantos conociera.

Cerró los ojos, imitando la oscuridad de su sueño. Esa misma noche, Zack iría por ella, treparía ágilmente por las ventanas hasta la de su cuarto y la llamaría con un susurro:

¿Zoey?

¡Zoey!

—¡Zoey! ¡Ya es la hora! —murmuró Jess en su oído, despertándola. Abrió los ojos, algo confundida—. ¡No más clases por hoy! ¡Vámonos!

Frotándose los ojos, Zoey la siguió hasta la puerta del aula.

Está bien, eso de que trepara a su habitación era demasiado. Y también muy trillado. Tal vez solo podría arrojar un lápiz cerca de ella para tener la excusa de recogerlo y entablar conversación.

Y eso también era imposible.

Jess tenía razón. Era difícil mirar más allá de las cortas faldas de Mariska Sullivan.

Dejó por fin sus pensamientos referentes a Zackary y buscó concentrarse en algo más. Hubiera deseado realmente el sol durante ese día, para no tener que ir a internarse en su cuarto a hacer deberes.

Compartía habitación con Jessica, y por suerte solo con ella. El estar las dos solas facilitaba las cosas. No había tanto problema con los armarios o con usar el baño en los horarios más comprometidos; como eran las mejores amigas, se ponían de acuerdo para usar las cosas.

Ambas entraron a la pieza desganadas. No querían hacer tarea, ¡vaya que no! Jessica se derrumbó sobre su cama sin siquiera dignarse a abrir la mochila.

—Creo que... dormiré una siesta.

—Buena idea. —Zoey, en cambio, tomó su *notebook*. Iba a entrar directamente al *Facebook* de Zack para ver su rostro en las fotos una y otra vez.

«¿Qué más puedo hacer entonces, eh?», se preguntó. Al final, todo iba y venía con él.

Cliqueó para abrir las ventanas correspondientes y ahogarse con todos los sentimientos que le provocaba. Era incapaz

de mirarlo y no sentir como el corazón le explotaba —o al menos como las mariposas se chocaban unas con otras dentro de su estómago.

El chico tenía cerca de cuatrocientas fotos, cosa que no impedía que se las viera todas casi todos los días. Pero esta vez, al entrar, encontró un álbum nuevo entre las fotos de una compañera de curso. Él estaba etiquetado en algunas de ellas, así que lo abrió para poder ver todo.

Se trataba de las imágenes de una pequeña fiesta ilegal que algunos alumnos de tercero habían llevado a cabo dentro del colegio hacia unos días, tal vez en alguna de las habitaciones más grandes.

Por supuesto que Zoey no había ido. No era de esas que preferían arriesgarse de una manera tan disparatada. La aventura era tal vez cosa de Jess, y lo cierto es que ni ella había creído que ir era buena idea. Y luego estaba el hecho de que ninguna había sido invitada. Era más que obvio que no pensarían jamás presentarse en una fiesta de tercero cuando nadie las tenía en cuenta para ello.

¿Pero lo había deseado? ¡Pues sí! Había pensado que esa sería una perfecta situación para entablar una amistad con Zackary, tal y cómo la deseaba.

Las imágenes le decían que había sido una pequeña junta-da muy movida. Zack estaba en casi todas, con sus amigos, posando con chicas coquetas, bailando y riendo. Zoey apoyó la mejilla en su mano y siguió pasando las imágenes, mientras suspiraba frustrada. ¡De lo que se había perdido!

Entonces, su corazón dio un vuelco.

Allí estaba la foto que le rompía el alma en miles de pedacitos y luego los incineraba. Zack sostenía a Mariska de la cintura y ella tenía sus brazos anudados en su cuello. Eso no era nada, el tema estaba en que él le mordía uno de los labios.

Su rostro se contrajo y cerró la *notebook* de un manotazo. Jess tenía razón. Él era inalcanzable. *Nunca en la vida* sentiría algo por ella.

—Ten. —Jessica puso una bandeja llena de comida delante de ella.

—Te dije que no tengo hambre —susurró ella, empujando la bandeja.

Jessica puso mala cara.

—¿Puedes dejar de ser tan melodramática? Ya sabías que entre Mariska y Zack pasaba algo —le susurró.

Zoey levantó los ojos y revisó el comedor. Ni un solo rastro de Zackary Collins en las inmediaciones.

Frunció el ceño y tomó un pedazo de pizza casi con ira. Le dio un mordiscón furioso y asintió. ¿Hambre? ¿Era en serio? Estaba que se moría. No valía la pena intentar sentirse peor con eso.

—Pero nunca lo había visto. Esto ha roto mi corazón de verdad —añadió, incluso sorprendida de sí misma, mientras tragaba la pizza.

—Te ilusionas demasiado, amiga. —Jessica comenzó a comer, feliz de haberla sacado de su falso letargo—. Te lo dije ayer, busca a alguien más accesible.

Zoey suspiró, menos apática que antes; tomó otro trozo de pizza y se lo llevó a la boca.

En ese momento, alguien entró corriendo al comedor. Lo reconoció de inmediato, por supuesto. Zack se notaba cansado, bastante agitado y, además, preocupado. Se acercó a una de sus compañeras, sentada a unas mesas más allá, le susurró algo en el oído y volvió a salir corriendo. Todo rápido, como si en realidad nunca hubiera entrado.

Jessica notó su mirada atenta, fija en la puerta por la que el muchacho acababa de salir.

—Es un amor platónico —suspiró, como para sí misma—. Ya verás que cuando estemos en el viaje de graduación conoceremos muchos chicos increíblemente sexys —agregó, como si deseara que el viaje fuera mañana mismo.

Zoey quitó los ojos de la puerta.

—Oye, ¿más sexy que ese chico? —replicó, incrédula. Eso sería posible solo si hablaran de *Matt Bomer*, o de *Ian Somerhalder*, ¡o de *Alex Pettyfer*!

—¡Por supuesto que sí! Ya te dije que creo que Adam Smith es más guapo.

—¿Y yo te dije que creo que estás loca? —Nunca, en su sano juicio, pensaría igual.

—¿Yo? ¿Que yo qué? —Jessica bebió un sorbo de su jugo—. Yo solo tengo más opciones a la vista.

—¡Oh, no bromees! ¿Smith es una de tus opciones a la vista? —Jessica no contestó a eso y, en cambio, robó el último pedazo de pizza de la bandeja. Zoey puso los ojos en blanco y se reclinó en la silla. En su cabeza todo eso daba igual. Incluso en el viaje de graduación pasaría desapercibida—. Olvídalo, quieres.

Jess arqueó una ceja, ahora confundida.

—¿De qué diantres estás hablando?

—Del viaje. Aunque viésemos chicos increíblemente sexys, ninguno va a mirar a la niña cara de libélula con cabello al estilo Mérida de *Valiente* —puntualizó—. En cambio, tu corte de cabello es genial. Eso sí llamará la atención.

—Zo, mi cabello está corto porque largo es un asco. No porque sea original.

—La verdad es que eres la única aquí que se anima a tenerlo corto.

Le encantaba la idea de imaginarse a sí misma con ese corte. Un *corte bobo* bien lacio y perfecto, con un flequillo entero y bien peinado. Pero su cabello rubio no era tan lacio como el de Jessica y si se cortaba se inflaba, se paraba y se rizaba de la forma más horrible que jamás hubieran podido ver. La única forma de poseer un lindo y elegante estilo como ese era realizándose un tratamiento de lacio permanente... o usando una peluca.

La campana anunció el fin del receso del almuerzo. Zoey no había terminado de comer para aquel momento, pero como

ya se había zampado dos porciones con furia, dio por terminada la contienda de aquel mediodía.

Tenían clase de Biología, lo cual siempre resultaba divertido. La profesora era de aquellas que iban a lo práctico; traía maquetas de partes del cuerpo humano, láminas y demás cosas que mantenían al grupo interesado. Era un alivio, porque aquella materia teórica era muy pesada como para estudiarla sin esa ayuda.

La mujer ya estaba en el aula cuando entraron.

—¡Ah! ¡Qué bueno! —Se alegró al verlas—. ¿Pueden acompañar a Tamara y a Sofía al sótano por algunas de las maquetas del colegio? Tuve problemas con mi auto y no pude traer las mías.

—Claro.

Tanto Jess como Zoey mantenían un trato amistoso y agradable con todos sus compañeros de curso. A diferencia del Tercer año, en Segundo no había gente popular o demasiado bonita y rica como para resaltar, así que todos eran mucho más unidos. Tal vez podían mencionar a James Nicolo como uno de los más destacados, o incluso Jessica, pues ambos vivían en Carmen Elisa y eso significaba que tenían un poder adquisitivo superior. Tamara y Sofía, en cambio, vivían en Villa Helena. Ninguna de las dos se quedaba más tiempo del necesario en la escuela y siempre lamentaban la mala suerte de las chicas de no poder salir para ir al cine.

Las cuatro juntas, charlando justamente sobre esa mala suerte, llegaron a la planta baja con ánimos.

El sótano del colegio era enorme. En primer lugar, eso se debía a que la escuela no siempre había sido una institución escolar y el sótano había sido una parte importante del edificio en los años anteriores. Décadas atrás lo había usado la gobernación de Villa Helena, pero Zoey en realidad desconocía para qué lo habían utilizado.

El subsuelo tenía varias habitaciones: las más grandes eran el depósito y la vieja sala de máquinas. Las maquetas del co-

legio, de casi todas las materias, estaban bien guardadas en el depósito, accesible y seguro, y este se encontraba junto a la sala de máquinas, hacia el fondo de todo el sótano. Esta última, lógicamente, tenía la entrada prohibida a los alumnos. Era peligrosa, ya que si bien la mayoría de los viejos artefactos que estaban allí no funcionaban o estaban simplemente situados, la sala tenía un cableado eléctrico importante. Allí también estaba la caldera y los diferentes conductos de agua y gas. Siempre estaba cerrada con llave y las únicas tres que existían estaban en poder del conserje, de la directora y de una de las preceptoras. La sala de depósitos, en cambio, casi siempre estaba abierta para las clases.

Bajaron las escalinatas del sótano con cuidado, puesto que la escalera era pequeña y de escalones cortos; era fácil tropezarse en ella. Apenas estuvieron en la antesala, se percataron de un extraño sonido. Era algo que se oía bien fuerte, más hacia el fondo del lugar, como si algo se hubiera quedado atrapado en alguna máquina y no dejara que esta funcionara del todo bien.

—¿Qué diablos...? —Soltó Jessica, llevándose las manos a los oídos—. Es bastante insoportable. ¿Qué es eso?

—¿Está funcionando una máquina? —Zoey miró la puerta al fondo del cuarto, esa que correspondía con la sala que tenían prohibida—. Deberíamos avisar que una está andando mal.

—Parece que algo se rompió, tal vez es la caldera. Las demás máquinas no suelen estar encendidas —opinó Tamara—. Muy molesto el ruido, la verdad. Tienes razón, Jessica. —Hizo una mueca.

Caminaron hasta el depósito y cuando estuvieron allí, pudieron notar que la sala de máquinas tenía la puerta abierta.

—Debe haber alguien adentro —razonó Sofía—. Tal vez sea Jorge.

De alguna forma, Zoey no se convenció de ello. El único sonido que provenía de la sala era el de la máquina rota.

—No, a Jorge lo vimos limpiando el aula de Música antes de venir, ¿verdad Jess? —Jessica asintió—. Y Susi estaba con los alumnos de séptimo grado. No creo que la directora esté adentro. —Al no recibir objeciones, se acercó un poco a la puerta. Se recordó a sí misma que entrar era una locura y que además no solo podía resultar peligroso para ella en lo físico, sino también en lo académico si la descubrían. Pero, ¿y si alguien había olvidado la puerta abierta?—. ¿Hay alguien ahí? —preguntó desde el umbral, donde el sonido llegaba con más fuerza. No podía ver a nadie desde donde estaba. Las más viejas máquinas creaban una pared frente a la puerta, impidiéndole ver toda la sala.

—Esto es muy extraño. —Jess se aproximó también, mientras Tamara, muy deseosa de no acercarse al cuarto, sacaba las maquetas del depósito.

—Iré a decirle a alguien que la puerta está abierta. Si ya lo saben, no habrá problema alguno, ¿no? —preguntó Sofia.

—Ve, esperaremos aquí por las dudas. —Jessica se apoyó en la pared, mientras Zoey seguía tratando de ver algo en la sala y Tamara revisaba el depósito.

—¡Vaya, qué cosas raras hay aquí! —exclamó todavía dentro de la habitación, sacando cosas al azar. Se asomó y les enseñó una copa de plata gastada—. ¡Esto debe tener siglos!

—Tantos como el colegio, ¿no? —se rió Jess.

Zoey se mordió el labio inferior. Estaba empezando a ponerse nerviosa y no sabía bien por qué. De alguna forma ese sonido se le antojaba *más* que *solo* extraño. Tenía la ligera sensación de que nada estaba bien. Se aferró al marco de la puerta; entrar era peligroso, ¡debía recordarlo!

Entonces, alguien gimió desde algún lugar de la sala. El sonido era muy suave; flotó a través del aire hasta ella, haciéndole llegar unas pocas palabras:

—*Ayúdame, ayú... dame.*

Zoey se sobresaltó.

—¡Jessica! —exclamó, tomándola del brazo—. ¿Escuchaste? ¡Hay alguien!

—¿Qué cosa? Yo no escuché nada —murmuró ella, asomándose a la sala.

—¡Alguien pidió ayuda! ¡Lo oí!

—¿Estás segura? —Tamara salió del depósito.

—¡Sí!

Sin esperar algo más, Zoey se metió dentro. Había tantas máquinas ahí, creando bloques de metal y óxido, que en esa gran habitación formaban un pequeño camino con giros inesperados. Caminando con extremo cuidado, bordeó unas cuantas griferías, donde el sonido del aparato roto se hacía más fuerte.

—¡Zoey! ¡Vuelve aquí! —Le gritó su amiga en cuanto la vio desaparecer detrás de un tubo de metal enorme y lleno de polvo.

Pero la ignoró, muy convencida de lo que había oído y de que allí había alguien más. Se acercó aún más a la máquina que hacía el endemoniado sonido y aún no podía ver.

Entonces su pie arrastró algo en el suelo. Extrañada, levantó el zapato para ver qué era. Se sorprendió al encontrar un pequeño dije de cristal verde agua, recubierto con extraños adornos en plata. Tenía una fina cadena del mismo material.

Con el ceño fruncido, tomó el collar, ahora bien segura de que alguien lo había dejado caer ahí. Apresuró el paso y avanzó hasta otra de las maquinarias. Estaba a punto de terminar con un pasillo para llegar a su destino. Asomó la cabeza y jadeó llena de horror. Una helada corriente subió por su columna vertebral paralizándola y no pudo hacer más que dejar que un gemido se atorara en su garganta.

Zackary Collins tenía el cuerpo atrapado en una de las máquinas más grandes del lugar. Una que tenía un agujero y un engranaje siniestro: una usina. El sonido lo producía el atasco en ella.

Se quedó inmóvil, con los ojos como platos, recorriendo el cadáver con la mente en blanco

La máquina lo había atrapado, lo había arrastrado y lo había destrozado. La sangre había hecho un lago en el suelo de cemento y él aún tenía los ojos ligeramente abiertos.

Pero estaba muerto, *bien* muerto. Y todo indicaba que había fallecido desangrado.

—¡Zoey! ¡Regresa aquí antes de que venga la preceptora!
—chilló Jessica acercándose por detrás.

Pero la chica no la escuchó, ni la miró y menos contestó. Estaba en shock. *Su amor estaba allí destrozado, pálido, muerto.*

Muerto, muerto, muerto. Zack estaba muerto.

«Zack...»

Jessica llegó hasta ella y se paró en seco al ver la sangre.

«Zack, Zack... Está muerto». No se movió cuando Jess le clavó los dedos en el brazo. Estaba en shock.

—¡Oh, por Dios! ¡T-Tamara! —gritó horrorizada.

En ese momento, se le puso todo negro. Lo último que vio antes de caer al piso fueron los ojos grises entreabiertos y sin vida de Zackary.



Cuando despertó, estaba recostada en su cama, en penumbras. Afuera volvía a llover. Se sentó y buscó a Jessica con la mirada, pero ella no estaba en la habitación. Se frotó los ojos y se dirigió al baño.

Tenía apenas puesta una camiseta y unas bragas blancas. No recordaba haberse sacado el uniforme, ni menos haberse ido a dormir, ¿pero qué más daba? Necesitaba lavarse la cara y eso hizo.

Limpio su rostro con el agua fría del fregadero y miró su expresión en el espejo. Estaba pálida, demasiado, casi demacrada.

Suspiró buscando alguna cosa más deplorable en su rostro, pero no notó nada en ella, sino que vio algo distinto en su cuello.

De él pendía una larga cadena, con un dije de piedra verde agua, con detalles en láminas de plata. Lo tomó entre sus dedos, tratando de hacer memoria. ¿De dónde había sacado ese collar? El dije era una joya antigua, delicada; casi ovalado, y muy hermoso. Pero por alguna razón... se le antojaba malévolo.

Entonces lo reconoció y los recuerdos sangrientos llegaron a su mente, todos juntos de una vez. Todos chocaron contra su frente y la hicieron tambalearse del horror.

¡Zack estaba muerto!

Se sujetó del lavabo y se tapó la boca con una mano. La sangre, la máquina, Zack... *El dije. «¿Por qué yo tengo este dije?»*.

Trastabillando, regresó al cuarto. Se sentó en la cama, aguantándose los mareos y las repentinas ganas de vomitar. Supo que debía volver al baño, pero no pudo levantarse.

—Zack... —gimió, soltando lágrimas gruesas y sinceras de dolor—, *¿qué te ocurrió?* —Tomó el collar e intentó sacárselo. Su rostro se mostró aterrado en cuanto notó que no podía pasárselo por el cuello hacia arriba, por más que tirase con todas sus fuerzas—. *¿Qué diablos...?* —chilló—. *¿Por qué tengo esto?*

—Ahora es tuyo.

Zoey pegó un salto y se giró en busca del dueño de aquella voz. La conocía muy bien, pero los recientes hechos le gritaban en el oído que no podía estar oyéndola. Sin embargo, la había escuchado de verdad y, al voltearse, notó que no era incorpórea.

Zackary la miraba con tranquilidad, con el uniforme del colegio puesto, apoyado contra la pared de la ventana.

—Ahora que estoy muerto, tú eres la nueva dueña. —Y entonces, contra todo pronóstico, él *sonrió*.



Capítulo 2

Zoey se retiró hacia atrás tan rápido que tropezó con su cama. Cayó de espaldas sobre ella, pero le importó un rábano. Se giró y se ocultó en el hueco entre la suya y la de Jessica. Su corazón latía increíblemente desbocado, y podía sentir ese característico sudor frío que aparecía ante el miedo irracional en la base de la nuca.

Se quedó quieta, escuchando el silencio en su cuarto. Nadie habló y nadie se movió. Llegó a pensar que la muerte la había enloquecido y que estaba viendo cosas.

Se pasó una mano por el cuello y respiró hondo.

—Tranquila, Zoey. No es posible, tranquila —se dijo, en voz baja.

Tomó aire una vez más y asomó la cabeza por el borde de la cama. Allí, mirándola relajadamente, seguía parado Zackary Collins.

Sus ojos se abrieron como platos y, antes de ocultarse nuevamente, lo vio arquear las cejas. Se llevó una mano al pecho y se frotó los parpados. Se asomó otra vez y volvió a ver a Zack apoyado en la pared, ya consciente de que no lo estaba imaginando.

—¡Oh, no! —gimió en voz alta—. Morí también yo, ¿no es cierto? —Zack negó—. ¿Y entonces?

Él puso los ojos en blanco.

—Debo ser paciente —suspiró, mirando el techo—. No estás muerta, Zoey. Solo yo morí, nadie más.

—Estoy loca... —Zoey negó con la cabeza y volvió a ocultarse detrás de la cama. Todo quedó en absoluto silencio otra vez. Desesperada y asustada, se tapó la cara con las manos.

De pronto, escuchó un sonido cercano. Quitó las manos y miró aterrada al fantasma, sentado en el suelo a su lado.

Con un chillido, se arrastró por el piso, lejos de él.

—¿Por qué me persigues? ¡Vete!

—No puedo.

—¿Por qué?

—Porque eres la nueva dueña del dije, no puedo irme sin asegurarme que vas a estar bien. —La miró con tranquilidad.

—¿De qué hablas? —Disimuladamente, viendo que él parecía muy sólido, tomó el palo de hockey que le había regalado su abuelo de debajo de la cama. Si algo malo pasaba, iba a darle con todas sus fuerzas; luego correría.

—Tomaste el collar justo después de mi muerte. Eso te convierte en la nueva poseedora y, por consiguiente —Zack sonrió siniestramente—, en la persona en el mundo con más posibilidades de morir... de un momento a otro —agregó de forma elocuente.

Zoey ahogó un gemido.

—¿Qué te hice para que vengas a perseguirme de esta forma? —lloriqueó—. ¡Ve a descansar en paz, por favor! Sé que te he dado mal de ojo por lo mucho que te he mirado pero... no me castigues. ¡Es horrible!

Zack abrió grande los ojos.

—¿Me has mirado? —preguntó, sorprendido—. ¿De verdad? Yo no te había visto antes.

La sinceridad en su voz fue hiriente y ella ya estaba demasiado conmocionada como para poder soportar más. En un arranque de valentía se levantó, saltó por encima de él y salió corriendo del cuarto.

Los pasillos del último piso estaban desiertos. Suponía que todos debían estar hablando del mismo tema: la muerte de Zack. Pero ella tenía un problema mayor: el muerto se negaba a abandonar su cuarto y por mucho que ella lo amara, su espectro la aterraba.

Llorando, no vio por dónde iba y se llevó puesta a una chica que gritó ante el choque.

—¡Zoey! —chilló Jessica al verla, parte en pijama y en parte en ropa interior—. ¿Qué haces corriendo así... fuera? ¡Dios, vuelve dentro! —Jessica la tomó del brazo y comenzó a deshacer el camino que ella había hecho corriendo.

—¡NO, NO, NO! —Zoey clavó los talones desnudos en las baldosas—. ¡Por favor, hay un fantasma ahí! ¡No quiero entrar...!

—Necesitas descansar —afirmó Jessica, llegando hasta el cuarto. Abrió la puerta, ignorando los gritos de su amiga, y esta solo se calló cuando vio que, efectivamente, no había nadie allí.

—Pero...

—No hay fantasmas, Zo. Estás demasiado alterada. —Jess tiró del acolchado de la cama y la instó a volver a acostarse. Quizá sí lo había imaginado. Temblando ligeramente, Zoey volvió a la cama—. Iré a traerte algo caliente para beber, un té será perfecto.

Eso no le gustó mucho. No quería quedarse sola otra vez, cuando se removió en la cama para llamar a Jessica antes de que esta cerrara la puerta, sintió cómo algo frío se le clavaba en el pecho por debajo de la camiseta. Lo tomó entre los dedos. *El dije.*

—¡NO, JESS!

Pero la chica cerró la puerta y la dejó sola, con las inquietudes que no parecían ser ilusiones. Tironeó de la cadena del collar y comprobó nuevamente que no podía quitárselo. Llenos de terror, sus ojos claritos recorrieron el cuarto desierto esperando ver el espectro de Zack en una esquina, menos amable y más espantoso.

Pero en cambio, lo que sucedió pasó debajo de sus sábanas. Algo le rozó las piernas desnudas; algo muy suave, mullido y tiernito. Con un grito y el corazón en la boca, se destapó.

Entre sus piernas había un muñeco. Un peluche, sí. Era un conejo blanco, muy simple, con dos rayas para los ojos bordadas en hilo negro y una cruz para la boca. Estaba quieto entre sus muslos y casi que habría jurado que cuando entró en la cama ese muñeco no estaba en ese lugar y, también, paradójicamente, habría jurado que se había movido antes de que levantara el acolchado.

Miró el conejo de felpa con el corazón latiendo a mil por hora. Se veía tan inocente, tan dulce. Pero no era normal, había algo en él que asustaba, como el collar. Y esa cosa no era suya ni de Jessica.

Entonces, los ojos bordados del conejo, de alguna forma extraña y terrorífica, se fijaron en ella. Sus orejas se agitaron y su boquita de cruz se movió al hablar.

—¡Eso estuvo cerca! —dijo, con una voz que se asemejaba mucho a la de Zackary.

Zoey quiso volver a salir corriendo. Gritó como una desgraciada y, cuando logró llegar a la puerta, descubrió que Jessica la había dejado encerrada. Golpeó la puerta con los puños, mientras oía cómo el conejo corría las sábanas de la cama.

—¡Vaya! —El tono la sorprendió y la trasladó a una pesadilla. Nunca en su vida hubiera soñado con oír a un muñeco de peluche hablar de esa manera, con un silbido extraño que solo oía en los halagos masculinos. Bueno, a decir verdad,

jamás imaginó oír hablar a un conejo de juguete. Zoey se volteó despacio, con la cara pálida y un sudor en la nuca—. Increíble, Zoey Scott, tienes unas lindas piernas.

Entre avergonzada y asustada, Zoey se tapó las nalgas con las manos y se pegó a la pared. El conejito casi que sonreía.

—¿Qué eres?

—Soy yo, bobita —replicó el peluche como si fuera obvio.

—¿Zack?

—Pues claro. —Él se paró en la cama, con sus patitas rectas y cortas, y caminó por ella. La visión no era alegre como en *Toy Story*. Parecía sacada de un thriller—. Me convertí en esto antes de que tu amiga me viera.

—¿E-ella puede... verte? —Sin relajarse, miró la puerta cerrada.

—Sí, estoy muerto, pero no soy un fantasma. Tengo un cuerpo falso, que no está vivo pero que responde de la misma forma. Puedes tocarme si quieres —Él estiró la pata.

—No, gracias —gimió ella.

Zack suspiró.

—Bien, tendré que ser duro con esto. No quiero asustarte, pero tampoco es que puedas pasar más tiempo en este estado de pánico absoluto —murmuró él y Zoey parpadeó, como una idiota en trance.

—¿Pá-pánico absoluto? —balbuceó, todavía sudando frío—. ¡ESTÁS MUERTO Y ESTÁS HABLANDO PARADO *SOBRE MI CAMA!*

Los ojos de rayitas de Zackary se estiraron y él se limitó a encoger los hombros delgados y blancos.

—¿Quieres que te suelte la bomba o no? Porque puedo seguir aquí parado diciendo estupideces y tú puedes seguir llorando. O puedo decirte lo que sucede y tú puedes llorar luego. Porque querrás llorar, créeme —rió entonces, con un humor negro.

—Quiero llorar ahora —contestó Zoey llevando las manos a sus ojos. En verdad estaba en pánico, pero no podía huir, así que... ¿qué más podía hacer? Tal vez solo concentrarse en respirar y no desmayarse. Ya sentía que la habitación le daba vueltas.

—Deberás escucharme muy bien, ¿de acuerdo? —Zack tomó ese gesto como una aceptación. La señaló y ella, sin más, asintió lentamente. Quería vomitar—. Ese collar es un objeto centenario y muy peligroso. No debería ser tuyo, pero ahora lo es. ¡No debiste tomarlo! Gracias a eso, alguien pensó que era tuyo y te lo pasó por el cuello —la regañó—. Esa cosa está maldita.

Quitándose las manos de la cara y conteniendo los deseos de correr al baño, Zoey apretó los labios.

—¿Maldita? —balbuceó—. ¿Por qué no puedo sacármelo, eh? ¡Quiero quitármelo! —Volvió a tironear del collar. Lo que le había dicho solo la había alarmado más.

—Porque el collar se amarra a un solo dueño durante toda la vida de este. Y es eso lo que debo decirte, Zoey: *puede que mueras*.

Ella lo miró, dura. Con la última frase creyó que realmente iba a desmayarse. Apoyó la nuca en la madera y ahogó un gemido lleno de frustración. Si esa era una pesadilla que intentaba ser graciosa, pues no tenía chiste.

Pero era real, ¿o no? Zack estaba en forma de conejo de peluche parado sobre su cama y no paraba de hablar. Si en cualquier circunstancia eso sonaría a fantasía pues en la realidad misma ya no sabía a qué atribuírselo. Cerró los ojos y negó, convencida de que no tenía a donde huir entonces y de qué realmente estaba despierta. Y para colmo le decían que iba a morir...

—¿Por qué? —Solo consiguió decir eso. Nada más salía de su boca.

—Porque todos matan por él.

El conejo bajó de un brinco de la cama y se acercó a ella. Ante la proximidad, Zoey se dejó caer hasta el suelo.

—No debes tener miedo de mí —aclaró él—, yo estoy aquí para cuidarte. Es eso lo que me dijeron al morir. Es mi responsabilidad. Me culpan por haber dejado el dije en manos de una niña inocente y despistada.

Asustada, Zoey se hizo una bolita, rodeando las piernas con los brazos.

—No entiendo... —gimió. Estaba segura de que al menos, si no vomitaba o se desmayaba, pues comenzaría a llorar como una desgraciada.

—El collar era mío antes. —Zack le puso una pata en el hombro y ella sollozó ante el contacto, temerosa como nunca—. Cada dueño está advertido sobre las consecuencias de poseerlo. Yo acepté ser el dueño, aun sabiendo que alguien iba a matarme para tenerlo. Yo sé cómo es tener ese collar y a él le importa un rábano que tú no sepas lo que es ni para qué sirve.

—¿De *qué* hablas? —Zoey levantó los ojos claros y lo miró a través de los mechones rubios que le habían caído sobre la cara. No entendía ni mierda, la verdad. Y tampoco quería entender.

«Vomitara, vomitara, vomitara».

—Tiene conciencia propia y no te dejará hasta que mueras. Por eso mismo, muchos van a venir por ti —dijo Zack y la miró con un gesto de disculpa, o lo que parecía, en su cara de conejo.

—¡Oh, Dios! —Y pues allí, ahogó el llanto en su garganta—. ¡Quiero despertar de esta pesadilla! ¡Quiero despertar y ver que estás vivo!

Apretó los párpados y notó que esta vez, verdaderamente, estaba llorando. El stress ahora sí estaba marcando terreno.

Las orejas del conejo se bajaron con tristeza en cuanto ella negó otra vez.

—No estoy vivo, Zoey. Lo lamento.

Sin poder contenerse más, e impresionada por todo lo que había visto y por lo que estaba oyendo, se derrumbó sobre sí misma, incapaz de decir ni una palabra más. Lloró con la cara contra las rodillas y no le importó ya recordar que seguía sin los pantalones puestos. Tampoco prestó atención a las palmadas suaves que él le dio en el hombro y en la cabeza; simplemente intentó no descomponerse del todo.

Entonces, con la cara empapada, los ojos todavía más grandes de lo normal y un quejido agrio proveniente de la garganta, suplicó por paz.

—Lo siento, de verdad —insistió Zackary y esperó de forma paciente a que ella se serenara.

Así, Zoey levantó la cabeza y lo miró de reojo. Todavía con náuseas y la cabeza llena de dolor.

—¿Qué fue lo que pasó? —preguntó con un hilo de voz.

—No fue un accidente. —Él frunció el ceño de tela, aliviado al fin de que ella se pasara las manos por las mejillas y al menos hablara—. Pero estaba expuesto a eso, así que no puedo culpar a nadie.

—¿Te... mataron? —susurró ella, todavía sin atreverse a verlo tan directamente—. ¿Quién?... Pero si no había nadie allí. ¡Yo solo te escuché a ti!

El conejo alzó las orejas.

—¿Me escuchaste? —dijo, perplejo.

—S-sí, por eso... —De nuevo, la voz le tembló al recordar el cuerpo destrozado y sangrante. Zoey cerró los ojos y tragó saliva—. Por eso entré a ver. Te escuché pedir ayuda —finalizó.

Zack negó.

—¡Imposible! Yo ya estaba muerto cuando entraste al sótano. Tenía minutos sin vida, unos quince minutos. Nadie me oyó ni me vio. Me desangré demasiado rápido y nadie pudo ni podía hacer nada por mí.

Zoey se mordió el labio inferior y negó.

—¡Yo sí! ¡Yo lo oí! —insistió—. Lo oí. «Ayúdame», y luego... Fue tan horrible —gimió tapándose la cara con las manos. Temió volver a ponerse a llorar. Si empezaba de nuevo, nadie la pararía—. ¿Por qué tuve que verlo?

De pronto, unos brazos fuertes la alzaron en el aire. Desconcertada, vio cómo él había recuperado su apariencia humana.

—¿Qué haces? ¡Suéltame! —pataleó. No podía tolerar eso, no podía tolerar que fuera un fantasma y cambiara de forma en un suspiro. No podía siquiera pensar en que la tocara después de todo eso.

Zack la dejó en la cama, ignorando sin pudor sus súplicas.

—Debes descansar, Zoey. Tu vida no será fácil a partir de ahora. Yo estaré contigo el tiempo necesario, que al parecer, puede llegar a ser toda tu existencia. —Los ojos grises de Zackary la miraron con intensidad—. No aceptaste el collar, por eso estoy aquí. *Pero sin duda, él te ha aceptado a ti.*



Jessica abrió la puerta con cuidado, sosteniendo una taza enorme de té humeante.

—De acuerdo —dijo caminando hasta la cama—, esto te hará bien. —Le puso la taza en las manos y se le quedó viendo fijamente.

Para evitar seguir siendo observada de esa forma, Zoey tomó un buen trago sin importar que tan caliente pudiera estar.

—La directora quiere saber cómo estás —murmuró Jess, sin poder apartar la vista de los surcos que las lágrimas habían dejado en sus mejillas.

Zoey levantó los ojos y cuando sintió un pellizco en su pierna por debajo de las sábanas, dio un brinco que casi vuelca todo el té. Disimuladamente, y sin que su amiga la viera, pateó con poca consideración alguna al peluche de conejo que andaba por sus piernas.

—¿La directora? ¿Por qué?

—Por lo... lo de Zack. —Jess titubeó al decirlo—. Espero que no te haya molestado, pero le comenté lo que sentías por él.

Zoey apretó la jarra con fuerza. ¡Pero si justamente Zackary la estaba oyendo en ese momento! Otro pellizco la hizo saltar. ¿Lo estaba haciendo a propósito? Ahora que estaba más calmada y había logrado desahogarse y hablar con él, solo tenía deseos de arrojar conejos por la ventana. ¡Eso no podía ser serio!

—Pues... estoy bien —gimió. No era desagradecida, pero quería echar a Jessica lo más pronto posible para gritarle al susodicho que dejara de propasarse.

—Zo —Jessica se inclinó hacia ella—, hace como diez minutos saliste corriendo al pasillo, semidesnuda, porque habías visto un «*fantasma*». Eso no es estar bien. La directora cree que lo mejor es enviarte a casa unos días. No cree que estar aquí con todas las investigaciones sea lo mejor para ti.

Solo lo último llamó su atención.

—¿Investigación?

—Los padres de Zack están en camino y la policía del pueblo está en este momento en la escena del accidente. Nos llamarán para atestiguar en algún momento, pero tú estás muy sensible.

Dudando qué decir, Zoey bebió más a la fuerza. Las amigas se quedaron calladas y ella rezó para que el muerto no siguiera moviéndose debajo de las sábanas.

Jessica preguntó cosas sin sentido para mantenerla entretenida, pero al final supo que no iba a sacarle demasiadas palabras.

—¿Quieres algo de cenar? Te lo traeré. Pide lo que quieras.

A Zoey se le revolvía el estómago cada vez que pensaba en la muerte de Zack, pero este gruñía cuando lo olvidaba.

—Solo un poco —contestó.

Feliz por la respuesta, Jessica salió campante de la habitación y, apresurada, Zoey dejó la taza en la mesita de luz y se destapó.

—¿Por qué estás pellizcándome las piernas? —chilló, tan roja como un tomate.

Zackary puso su cabeza de conejo sobre su pata de conejo.

—Estaba calculando la masa corporal que tienes en ellas —dijo, como si nada—. Tienes una buena musculatura. Delgadas, pero compactas.

—¿En serio? —siseó, incrédula y enfadada—. ¡Tócame otra vez y te corto las manos! —Y como si lo conociera de toda la vida y ya se hubiera acostumbrado a su extraña presencia, lo pateó de la cama.

El conejo rebotó en el suelo.

—Qué lástima —respondió—, porque en realidad no tengo manos. —Se irguió y se sacudió el polvo de las extremidades—. En verdad, si te hubiera visto antes, las hubiera contemplado con mucha más alegría en vida.

Jamás en la vida hubiera imaginado que Zack tenía esa clase de comentarios guardados en la manga. ¿Tierno, dulce? ¡Era un completo idiota! Incluso con lo mucho que todavía le gustaba, no podía evitar enfadarse.

—No es mi problema si eres tan despistado.

—¡Ah, no! —Zack brincó sobre la cama, parándose sobre su pecho. Puso su carita de conejo muy cerca de la de ella—. Tú eres la despistada y la entrometida. No debiste tomar el collar, ¿lo recuerdas?

—¡No lo sabía, bien! ¿Qué quieres que haga ahora? Lo siento.

Zack suspiró.

—No quiero que hagas nada. Solo... mantente cerca de mí. Iré en forma de conejo a todos lados contigo, ¡incluso si

tienes que ducharte! —añadió con un tono algo extraño que luego Zoey identificó como jugueteón—. Aunque... cuando estemos solos puedo volver a tomar forma humana. —Y así, sobre ella, se transformó nuevamente en un chico, con un audible: ¡PLOP!

El peso del cuerpo del muchacho se hizo notorio enseguida. Él cayó casi sobre su cuerpo, apretándola contra la cama. Zoey perdió el aire de sus pulmones y lo miró algo asustada.

«Oh, Dios». El idiota sabía cómo jugar sucio. Se quedó viéndolo con la boca abierta, completamente obtusa.

¡Y eso no se valía! Quería apartarlo por ser tan descarado, pero una parte de su mente gritaba: *¡Hazme lo que quieras!* Y Zack lo leyó en su mirada. Sonrió de forma socarrona y ladeó la cabeza.

—Y te seguiré hasta el fin del mundo —suspiró, justo antes de que Zoey ahorrara valor y lo empujara, de vuelta, fuera de la cama.



Zoey se quedó viendo a la directora con la boca bien cerrada. Ella no había parado de hablar de lo difícil que debió de haber sido para una niña de dieciséis años encontrar el cuerpo destrozado de su amor platónico. Por supuesto que había sido difícil. Ni siquiera la habían dejado asimilar la idea y estaban llamando psicólogos para ella y policías para el muerto.

—Llamé a tus padres, la situación nos ha superado a todos. Es algo inexplicable. Cómo es que Zackary llegó hasta allí, forzó la puerta y luego esa máquina que ni siquiera funcionaba... —Durante un segundo, Zoey creyó que la mujer iba a llorar—. Jessica dijo que tú escuchaste algo.

El peluche de conejo que la chica sostenía inocentemente entre sus brazos pareció pestañear, pero ella puso su atención en la señora. ¿Cómo explicarle que lo que había oído no tenía sentido, puesto que Zack ya estaba muerto?

—Me pareció, con el ruido de las máquinas y eso —contestó.

La directora se reclinó hacia atrás.

—Oh, pensé que... podríamos haber llegado a tiempo.

Aquella suposición era inopinada, justo como Zack decía, razonó Zoey. La máquina lo arrastró consigo, hasta donde sabía —omitiendo los detalles morbosos de la muerte—, por lo que, aunque hubieran estado allí, no podrían haber hecho nada para salvarlo.

La directora la miró con preocupación y ella se apresuró a hablar.

—Estoy bien, de verdad —mintió. La mujer asintió y se levantó despacio de la cama.

—Bien. Si necesitas algo, si quieres irte a casa... Solo dime.

Zoey la observó salir en silencio, mientras algo en su pecho le decía que allí no todo estaba claro. El dije colgaba por debajo de la remera del pijama, oculto a la vista, pero no oculto a su alma. Metió la mano por entremedio de las ropas y lo sujetó con los dedos. ¿Por qué tenía la sensación de que aquel objeto no estaba feliz?

Zack se liberó de su agarre y caminó pensativamente sobre la cama, echándole algunas ojeadas a ella y al collar.

—Es tan... raro —comentó la muchacha, hablando sobre lo que sentía en ese momento.

—Tú y el dije son ahora partes de un todo —aclaró el conejo seriamente—. Él sabe lo que piensas, sientes y haces, y muchas veces él imprime sus sentimientos en ti. Debes tener cuidado, es como un parásito y puede influirte de maneras que no conoces.

Mientras el peluche saltaba de la cama y caminaba tranquilamente hacia la ventana, Zoey volvió a esconder el collar entre sus ropas.

—¿Por qué lo quieren?

Él no se volteó, se subió al alféizar de la ventana y ojeó los terrenos del colegio desde allí.

—Es complicado. La verdad es que hay magia alrededor de este objeto y la magia significa ansias de poder —giró su cabeza hacia ella y las orejas blancas rebotaron con el movimiento—. Lo esencial, por ahora, es que tengas muy en claro que te matarán para quitártelo y que si te alejas de mí, morirás.

Zoey se encogió en la cama.

—No quiero morir —se quejó.

—¿Crees que yo estoy feliz con esto? —dijo Zack señalándose.

—¡No, claro que no! Debió dolerte mucho —gimoteó. Su muerte había sido espantosa. Y sobre todo era real—, pero tú lo aceptaste sabiendo que podía pasar, ¿no es cierto?

El conejo suspiró.

—Así es, y en eso estamos de acuerdo. Eres inocente, Zoey, y todo esto es mi culpa. Yo dejé caer el collar.

Ella se bajó de la cama con la boca abierta, lista para hablar. La última frase no la había comprendido. Zack le había dicho muy bien que mientras estuviera viva no iba a poder quitarse el collar y que eso pasaba con cada dueño. Ahora era la nueva dueña y tendría que morir para quitarse el dije. Él murió y el dije pasó a ser suyo, pero... ¿cómo era eso de que lo había dejado caer?

—¿No dijiste que no podías quitártelo?

Zack entornó los ojos hacia ella.

—*Por supuesto* —murmuró con pocas ganas—. Hasta que no muriera no podría desprenderse de mi cuerpo; pero aun así, y *ese es el tema*, el collar *se deslizó* de mi cuello sesenta segundos antes de que mi ropa se enganchara *casualmente* en la máquina.

Se miraron a la cara durante un minuto entero.

—¿Cómo es posible? —consiguió decir ella al final.

—No tengo idea, y los que causaron mi muerte tampoco lo saben, eso... supone un punto a nuestro favor.

Zoey hizo una mueca.

—¿No sería a nuestro favor si supiéramos algo que ellos no?

—En este caso, saber lo mismo que ellos y que no se nos adelanten es un gran punto a nuestro favor.

El conejito se sentó en el alféizar de la ventana.

—Pero no importa, yo no tenía a nadie que me cuidara —dijo. Sonrió, dichoso de poder cumplir ese papel—. Tú me tienes a mí. Mientras sea necesario, te protegeré.

Aún preocupada y asustada, Zoey se mordió el labio inferior. Que un conejo de peluche le dijera eso no la tranquilizaba y menos después de todo aquello que había pasado.

—¿Cómo? ¡Esto es una maldición! Dijiste que era una maldición. ¿Cómo puede la gente desear tener algo que está maldito?

—Bueno... el problema está en que los humanos creen que pueden vencer la maldición y que serán los seres más poderosos del planeta. Como seguro te estás dando cuenta, eso no ha pasado y el dije se lleva siempre todos los puntos —contestó, bajando las orejas.

Sí, y Zack había sido su última goleada.

—¿Y entonces? ¿Qué puedo hacer yo contra ellos? ¿Me has visto? Lograron matarte haciéndolo parecer un accidente, ¿qué más podríamos hacer contra gente que tiene magia?

Zack sonrió.

—¿Y quién te dijo que yo no la tenía?





Capítulo 3

Jessica llenó la bandeja de su amiga con tanta comida que Zoey estaba segura de que la vomitaría en cuanto intentara tragar todo eso al mismo tiempo. Trató de frenarla, pero cuando abría la boca para decirle que se detuviera, Jess fruncía el ceño y ponía todavía más cucharadas de arroz en el plato. Solo cuando se sentaron en la mesa, el día siguiente de la tragedia, pudo decir algo.

—¡No pretenderás que coma tanto! Engordaré como una vaca —se quejó.

Jessica le echó una mirada furibunda.

—No comiste nada anoche. Si sigues así, morirás por inanición.

Zoey se inclinó sobre la mesa.

—Solo me salteé una comida. Todos ustedes están exagerando, no necesito todo esto. —Y apartó el pedazo de carne magra que le había puesto en el plato—. Ni psicólogos ni que mis padres vengan por mí.

—Zo, ayer encontramos a Zack muerto en el sótano, te desmayaste y despertaste gritando que habían fantasmas en el cuarto —le recordó y ella cerró los ojos durante un momento, fastidiada por tanta insistencia.

—Me lo imaginé, fue un momento de debilidad mental. Y no me recuerdes lo de Zack; ya es lo bastante horrible como para seguir pensando en él.

«Cosa imposible», se dijo mientras lo decía. «¿Cómo no pensar en él!». Intentaba quitar la sangre de su mente, pero cuando lo lograba, el conejo de peluche y su extraño andar la volvían loca. No entendía demasiadas cosas y el dije de cristal y metal colgaba de su cuello, por debajo de la camisa que tenía puesta, como si pesara treinta kilos de más.

Estaba aterrada, bastante. ¿Confundida? También. Zackary Collins estaba muerto, pero no lo estaba. Podía tocarlo, verlo y hablar con él, pero no tenía vida. El collar no iba a salirse de su cuello hasta que muriera, cosa que seguramente sería pronto, y esa era la razón primordial por la que él no estaba fallecido como *debería* estarlo.

Jessica suspiró y miró hacia otro lado.

—Lo lamento, pero me preocupas. Lo amabas demasiado como para estar ahora tan... normal. Creo que esto es como el ojo de la tormenta, entrarás en paro de un momento a otro —murmuró, con un tono angustiado.

Cansada de los problemas, Zoey pinchó la carne.

—No estoy enferma, ¿es normal que estuviera shockeada! ¿Pero qué quieres que le haga? No es consciente. Me desperté, no recordaba nada... Estaba confundida y aún lo estoy un poco. Además... —Su voz se fue apagando.

—¿Te duele, cierto? —Jessica la miró con los ojos aguados. Ella asintió.

—No puedo creer que esté muerto —gimió, bajando la cabeza. Era la más pura verdad. El verlo merodeando por su cuarto hacia más posible que se situara en la realidad y comprendiera del todo que él, realmente, estaba allí.

Durante la noche había llegado a creer que se había vuelto realmente loca. Al irse al dormir, Zack había tomado forma de conejo y se había quedado bien quieto sobre un almohadón en

el piso, en una esquina del cuarto. Ella se levantó varias veces para ver si seguía allí; y varias de esas veces él negó con la cabeza y le chistó, ordenándole que volviera a la cama. Otra prueba fehaciente era el dije que pendía de su cuello. Si el dije estaba allí, era porque Zack también lo estaba.

La cosa era simple, o al menos así la pintaba él por el momento, pero a ella se le tornaba más complicada conforme intentaba comprenderla: el collar la había tomado como dueña y no iba a dejarla ir hasta que muriera. Como era un objeto terriblemente poderoso, iban a matarla para quitárselo. Debido a que no había sido entrenada ni preparada para cuidar del dije, el anterior dueño, Zackary Collins no iba a poder descansar en paz. Debería protegerla, a ella y al dije, como *castigo* por no haber cumplido bien su parte en vida.

Bueno, al menos Zack lo entendía como un castigo, lo que para Zoey era terriblemente doloroso. Él seguía allí por su culpa, por haber tomado el collar.

Pero al final no se quedaba con solo eso: se preguntaba quiénes le habían ordenado volver, cómo es que tenía un cuerpo, quién le había dado el collar en primer lugar y quiénes eran los que querían obtenerlo.

Zack no parecía querer decir mucho sobre el tema. Era receloso con todo lo que rondaba al dije. Tampoco había querido explicar demasiado sobre lo que había visto en el más allá antes de volver y para ella eso era lo más extraño de todo. En cambio, él se pasó la primera mañana juntos repitiéndole que no debía hablar con nadie del tema, ni mostrar el collar ni apartarse de él. Ni Jessica podía saberlo.

En esos momentos el conejo estaba bien metido dentro de su mochila azul y Zoey no podía dejar de pensar qué pasaría si alguien espía por el cierre.

—¿Por qué trajiste la mochila, si no tenemos clases hoy? ¿Qué llevas ahí? —preguntó Jessica, con interés, ladeando la

cabeza. Por supuesto que buscaba hablar de otra cosa, algo que no tuviera que ver con sangre y chicos muertos.

Habían suspendido las clases durante dos días a modo de duelo, y para que los policías y detectives pudieran hacer mejor su investigación. Estos habían retirado lo que quedaba del muchacho el día anterior, por la noche, y ahora sus padres, destrozados por la pérdida, organizaban el funeral para la mañana siguiente. Mantendrían el cajón cerrado, los alumnos mayores de la escuela habían sido invitados y la dirección había preparado micros escolares para trasladar a los chicos a Carmen Elisa, donde sería enterrado.

Zoey olvidó que no tenía una buena excusa para la mochila, por lo que se encogió de hombros y mordió el pedazo de carne que acaba de cortar, como si fuera un cavernícola. Jessica entornó los ojos, notando el extraño actuar de su amiga, pero no dijo nada. Por más que le repitiera que estaba bien y que no había enloquecido, no podía evitar dudar.

Así, tratando de que Jess no dudara más de ella, procuró comer bien, incluso a pesar de que Zack le había suplicado que no se demorara mucho en eso. En ese momento, creía que lo mejor era mostrarse tranquila. Triste pero no psicópata.

Se comió el resto de la carne y también se propuso acabar con el postre de chocolate cuando las puertas de la cafetería se abrieron estruendosamente. Mariska entró llorando desconsolada, junto con otras de sus amigas que soltaban lágrimas inocentes. Los gritos que pegaba lograron que todos los presentes se giraran a verla. Sobre eso sí que nadie se preguntaba; todos sabían que había sido la cuasi novia de fallecido y por ende... debía estar muy triste.

Parecía un teatro dramático de mala performance.

Al verla ostentar su dolor de ese modo, Zoey se sintió descompuesta. Mariska tenía todo el derecho de llorar por Zack, pero ella, la que lo había hallado, no era nadie para demostrar

su dolor. Sobre todo, no podía llorar porque él seguía a su lado y no parecía muy muerto. Oía cada cosa que se dijera.

Cuando Mariska pasó junto a su mesa, su mochila se agitó y como una tonta, no pudo evitar sentirse lastimada por esa reacción. Zack sabía que lloraba por él y seguramente debía extrañar a su novia.

Sin haber llegado a tocar el postre, se levantó y tomó el bolso, teniendo mucho cuidado de golpearla contra la pata de la mesa. Jessica la miró fijamente.

—¿A dónde vas?

—Al cuarto, tengo sueño —mintió. Su amiga se cruzó de brazos y le dio a entender que no le creía nada. Al verse en evidencia, Zoey suspiró y trató de mentir un poco mejor—. Me pone mal. —Señaló a Mariska—. No quiero oírla llorar durante todo el almuerzo.

Aquello pareció funcionar, porque Jess la dejó ir.

Arrastrando la mochila por el piso sin consideración alguna, Zoey subió los tres tramos de escaleras hasta el enorme piso en el que estaban los cuartos de los alumnos divididos en dos alas.

Zack siempre había dormido en el ala norte y ella en el ala sur. El ala norte tenía las habitaciones de tercero, primero y noveno grado. El ala sur las de segundo, séptimo y octavo. A ambas se accedía por escaleras diferentes, pero tenían un pasillo largo y fino que las conectaba y que ella nunca atravesaba.

Al llegar a su cuarto, dejó la mochila en la cama y se encerró en el baño. No tenía ganas de escuchar a Zack hablando de su pobre novia que había quedado sola. Se sentó en el suelo y escondió la cabeza entre las piernas. Maldijo su extraña suerte mientras lloraba a alguien que se encontraba del otro lado de la puerta.

No pasó mucho tiempo hasta que tocaron con cuidado, pidiendo pasar.

—No, vete —respondió ella.

Él suspiró y se escuchó perfectamente en el interior del baño.

—¿Estás segura de que no quieres hablar conmigo? —preguntó.

—Muy segura —contestó Zoey—, contigo es con quien menos quiero hablar.

—¿Y eso por qué? Si estás enfadada por lo del collar, te aclaro que eso no fue mi culpa.

—No es eso —respondió, mientras Zack, del otro lado, caminaba en forma humana. Ella no dijo nada más y él contuvo un suspiro.

No tenía ganas de explicarle lo que sentía en ese momento, tal vez porque lo que sentía no tenía mucho sentido ni para ella, ni para él ni para el resto del mundo. ¿Pero podía evitarlo? No, tampoco.

Pasó un largo rato hasta que salió finalmente del baño. No lo miró ni habló. Se dirigió directamente a la cama, se metió en ella y se tapó la cabeza con las mantas.

Zack se volteó a verla justo cuando terminaba de cubrirse. Despacio, se acercó a la cama y se agachó.

—¿Irás mañana a mi funeral? —preguntó con suavidad.

Zoey no contestó de una.

—Sí —respondió al cabo de unos largos segundos—, pero no me verás llorar —anunció, con el orgullo herido.

Sin saber bien por qué era eso, él frunció el ceño.

—¿Por qué no?

—Porque no ando llorando por ahí como una actriz dramática —dijo, de forma cortante.

—Lo dices por Mariska.

Entonces, Zoey se destapó.

—Claro que sí. No era necesario entrar haciendo ese espectáculo —murmuró con los ojos claros entrecerrados.

—No, pero... ¿por qué te molesta? —terció él, sin entender.

No contestó su pregunta, más bien decidió formular las suyas.

—¿Ella era tu novia? —dijo, con una seriedad impasible.

Zackary frunció los labios y dudó antes de contestar. La miró con una expresión contrariada durante un minuto.

—No, la verdad —resumió con un suspiro—. Zoey, yo ya estoy muerto, ¿por qué te preocupa eso?

—No me preocupa —negó ella.

Poniendo los ojos en blanco, él se levantó.

—Bien, no me lo digas. Ya sé que te gusto... o te gustaba, lo que sea. No me quedan dudas de que estás celosa de Mariska o de que por lo menos lo estuviste alguna vez. Pero ese es el punto. Estoy muerto, tener celos no tiene sentido —explicó.

—*No estoy celosa* —contradijo Zoey manteniendo el rostro inexpresivo.

—*Claro que no* —ironizó el muchacho.

La manija de la puerta comenzó a girar en ese preciso momento, por lo que él adoptó la forma tierna de conejo. Se quedó inmóvil en el suelo, al mismo tiempo en que Zoey se tapaba nuevamente la cara con el acolchado y fingía estar profundamente dormida.



Uno a uno bajaron de los micros escolares. No muchos de su curso habían ido; de tercero estaban todos. Mariska seguía llorando como una desgraciada. Jessica mantenía una expresión irritada y Zoey procuraba no ponerse a berrear en cualquier momento.

Se mantuvo con la cabeza gacha, sin decir nada, sosteniendo firmemente el bolso que tenía un conejo de felpa dentro. No quería que la gente la notara. Ya todo el colegio sabía muy bien que la que había encontrado el cuerpo había sido ella.

—¿Estás segura de esto? —Jessica se sujetó de su brazo mientras andaban por las tumbas y el césped bien verde y corto.

—Claro que sí, se lo debo —contestó. Zack quería ver a su familia, aunque sea de lejos; no podía salir del bolso, pero así estaría cerca de ellos. Era lo menos que podía hacer por él. Jessica no entendió el comentario, pero tampoco acotó nada.

Se formaron detrás de algunos alumnos, mientras la directora y otras maestras les pedían a algunos que se comportaran.

El cajón estaba cerrado, como habían dicho, y la familia del fallecido, de escasos miembros, estaba atrincherada lo más cercanamente posible al hueco en la tierra, mientras arrojaban flores y el sacerdote decía algunas palabras. Zoey distinguió a una mujer delgada, bella y angustiada, y a dos muchachas jóvenes que debían ser sus hermanas. En una silla, tapándose la cara con un pañuelo, había una anciana menuda.

Cuando estuvieron listos para comenzar a echar la tierra, Zack sacó una pata del bolso y jaló su falda.

—¡Lleva una flor! —le susurró, con cuidado de que nadie lo viera.

Ella negó rápidamente, levantando los ojos para ver cómo Mariska, regando el pasto con sus lágrimas, llevaba una flor al pozo.

—No puedo, yo no te conocía.

—¿Y eso qué? —Zackary contestó, dolido por la actitud que ella mostraba—. De esa forma, podré ver a mi madre. Será la última vez.

Ante la frase, Zoey suspiró y se alejó de Jessica con todo el valor que tenía. Tomó una flor blanca, que la maestra de Química le ofrecía a los alumnos, y caminó bien gacha. Al pasar junto al grupito de Mariska y sus amigas, esta soltó un sonido extraño.

Procurando ignorarla, siguió caminando. Sin mirar mucho el cajón en el fondo del hueco, arrojó la flor y volvió con sus compañeros, esperando que Zack hubiera podido ver un poco a sus seres queridos.

Minutos después, las hermanas Collins ayudaron a levantar

a la abuela, hecha un mar de lágrimas, y poco a poco la familia se alejó.

Cuando ya quedaban solo alumnos y todos se agrupaban nuevamente, Mariska se le puso delante.

—¿Qué crees que haces? —le increpó.

Confundida, Zoey levantó la cabeza.

—¿Disculpa?

—¡Haber encontrado a Zack no te da derecho alguno de venir aquí! ¿Por qué viniste?

Zoey la miró con la boca abierta. ¿Por qué esa chica que nunca le había hablado la trataba de esa forma? Nunca se había creído nada por haber encontrado el cadáver. Es más, hubiera preferido nunca hacerlo.

Supo que ella no quería más que marcar territorio donde, en realidad, no había tierra. Zack no estaba vivo, por lo que no tenía sentido que la molestara de esa forma. Era como lo que él le había dicho la noche anterior: no tenía por qué sentir celos, el objeto a celar teóricamente no existía.

—No pongas esa cara —chistó Mariska—. Sé muy bien que te gustaba. ¿Qué pensaste? ¿Que porque lo habías encontrado tenías alguna conexión especial con él?

—Para nada —soltó Zoey, retrocediendo un paso—. No debes actuar así. Y para tu información —murmuró frunciendo el ceño—, hubiera preferido miles de veces no haber encontrado nada. Jamás voy a poder sacarme de la retina su imagen *destrozada y llena de sangre* —escupió. Mariska tembló—. ¿Quisieras haberlo hecho tú? ¡Ojalá!

Con el mentón en alto, se alejó para detenerse junto a Jess, que se cruzaba de brazos.

—Es una bruja.

—Está loca —le contestó Zoey.

—¿Qué diablos le pasa? —masculló Zack por lo bajo, dentro del bolso.

Entonces, Jessica se descruzó de brazos, volteándose para buscar la voz masculina.

—Oh, tú... ¿Escuchaste eso?

Repentinamente nerviosa, ella negó.

—¿Qué cosa? —dijo tratando de sonreír.

—No —Jess frunció el ceño confundida—, nada.

La profesora de Literatura llamó su atención en ese momento y se salvó de que siguiera indagando. Tampoco tenía ganas de hablar sobre Mariska y su actitud, así que suponía un alivio.

—Nos quedaremos un rato más para que puedan despedirse de Zackary, ¿sí?

Los alumnos se adelantaron un poco hacia la tumba, incluso Jess, y en ese lapso Zoey aprovechó para alejarse. No tenía ninguna despedida que hacer. Zack estaba dentro de su bolso y, por lo tanto, no se había ido.

Caminó por entre las lápidas, sin preocuparse por si se perdía en medio de ese inmenso cementerio. Se apresuró a desaparecer de la vista de sus compañeros y maestros para adentrarse en los caminos y recovecos que formaban los panteones olvidados desde varias generaciones.

El conejo salió de su bolso mientras ella caminaba. Brincó en el suelo y se transformó en un hombre. Teniendo el mismo uniforme escolar con el que había muerto, no llamaba la atención a su lado.

Al verlo muy callado, la chica le tocó el brazo.

—¿Estás bien?

—No —Zack caminó hasta uno de los panteones y quitó el polvo de las leyendas labradas en hierro—. Por más que haya pasado a otra vida, perder todo lo que alguna vez tuve... —Sus nudillos se pusieron blancos cuando cerró la mano en un puño firme. Con un suspiro, se dio la vuelta—. Lamento lo de Mariska, Zoey.

Ella negó rápidamente.

—No tienes por qué disculparte. Supongo que la entiendo. Ser la triste *novia* del muerto... No quiere que le quiten el lugar; sumado a que debe creer que nadie sufre más que ella.

—Mariska no era mi novia —sonrió él, picaronamente—. ¿No te dije que no tenía caso tener celos?

—Pues ella parece creer que sí. —Zoey arqueó las cejas y se cruzó de brazos, amarrando con más fuerza su bolsito.

—Las mujeres creen cosas. —Zackary se encogió de hombros, manteniendo la sonrisa.

Ante la crítica masculina, ella cuadró los hombros.

—No hables como si supieras de nosotras —gruñó.

Él se rió con naturalidad.

—¡Yo sé mucho de mujeres! —Caminó lentamente hacia ella, cruzándose casualmente de brazos. Zoey retrocedió dos pasos—. Por ejemplo, conozco exactamente tu tipo —sonrió.

—¿Ah, sí?

—Definitivamente. —Rondó a su alrededor, mitad mirándola, mitad mirando el cielo—. Calladas, poco populares, que se creen poca cosa pero que, al final, tienen una *gran bocota*.

Zoey se volteó para enfrentarlo.

—¿Qué sabes tú de mi bocota? —masculló, molesta por sus suposiciones—. Nunca hemos hablado. —Esa actitud de niño listo era insoportable. ¿Siempre había sido así, verdad?

—Es verdad. —Él volvió a mirar las nubes—. Qué raro, ¿no? Todos notaban que yo te gustaba menos yo mismo. Vaya que era despistado.

—¿No querrás decir que lo eres?

—No. Ya estoy muerto, no soy nada ahora. Además de muerto noté algo sobre tus sentimientos —la señaló con un dedo, sonriendo, divertido—, ¿no es así?

Zoey puso los ojos en blanco.

—¡Yo te lo dije! —le recalcó—. Así que no hables de mis sentimientos, ni de las mujeres, ni de Mariska, ni de nadie. Tampoco me mires así —añadió al ver la sonrisa traviesa que Zack tenía—. Al final, tendré que lo que sentía por ti también muera —susurró, como para sí misma, mientras trataba de ignorarlo—. Si no, no podré vivir en paz. ¿Cómo se supone que siga así, eh?

En seguida, Zack chistó.

—No digas estupideces. Si alguien muere no deja de existir, no debes dejar de quererlo. —Se paró bien firme. Ni rastro había quedado de aquella sonrisa sexy y picarona que le robaba el aliento.

—¿Es que acaso no quieres que deje de quererte? —Se burló ella, tentada.

Zack la acorraló contra uno de los panteones en un segundo y la risa se le quedó pegada a la garganta.

—¿Qué le queda a un muerto si todos lo olvidan y dejan de quererlo? —preguntó, frustrado.

Zoey intentó evitar sus ojos, pero no tuvo mucha suerte. Su espalda chocó contra la pared y estuvo atrapada de verdad. No tenía escapatoria de aquello que había decidido olvidar repentinamente y que ahora ponía ambos brazos junto a su cabeza.

Sin más, Zack se inclinó hacia ella, dejando sus rostros a escasos centímetros.

—Ni te atrevas a dejar de quererme.

Zoey se mantuvo en silencio, viendo sus ojos sin poder evitarlo ya. Tenía que admitir que él podía ser muy persuasivo, porque la estúpida idea de olvidar sus sentimientos desapareció de su cerebro en cuanto dijo las últimas cuatro palabras.

¿Cómo iba a poder olvidarlo? Lo iba a tener cerca por lo que parecía ser muchísimo, muchísimo tiempo. Conviviría con él día a día. ¡Iba a ser imposible! Pero sabía que era enfermizo y muy malo enamorarse aún más de alguien que estaba bien, bien muerto.

Corrió la cabeza hacia un lado, para no tener que seguir viéndolo a la cara.

—¿Zoey? —dijo él.

—Aléjate —gimió ella. Para su salud mental, era mejor que lo hiciera. No lo podría olvidar fácilmente, pero intentaría no tener esperanza alguna.

Ante la petición, Zack frunció más el ceño, pero por respeto se alejó unos centímetros. Allí, Zoey soltó un gemido sorprendido. No esperaba que él acatará su orden.

—Zoey —repitió él, a su pesar—, mírame.

—No quiero —soltó la chica como pudo.

—¿Por qué no? ¡No vas a olvidarte de mí! —repitió—. Te lo exijo.

—¡No puedes exigirme nada! ¡Estás muerto! ¿No te das cuenta de que no va a ser bueno para mi cabeza seguir enamorada de ti?

—¡Si tú me olvidas realmente habré muerto! —Zack la miró con un gesto de súplica y, al escuchar esas palabras, ella le devolvió la mirada—. Alguien muere realmente cuando nadie se acuerda de él. Cuando nadie siente algo por ese muerto.

—Zack... —Zoey lo miró a los ojos, bastante sorprendida por el pensamiento angustiado del muchacho—, yo no soy la única que te quiere.

—Sí. —Él se retiró varios pasos, bajó la cabeza y miró el suelo. Ella aprovechó para respirar. Hasta ese momento, había contenido el aire como una estúpida.

—¿De qué diablos estás hablando? ¡Todos te quieren! Eres el chico más popular del colegio, el más lindo, ¡el más divertido! Todos quieren ser como tú o ser tus novias. —Terminó, bajando la voz y mirando también el suelo. Se le estaba escapando demasiado eso de que él era lindo. Y eso de las novias también.

—Por favor... —Se burló el muchacho—. ¿Es que no lo sabes? La popularidad tiene un precio. La mitad de tus amigos

no dicen quiénes verdaderamente son y la otra mitad te sigue por influencia. Mariska es la chica más interesada del mundo. Lo único que va a extrañar de mí es esto —dijo, arqueando las cejas y señalándose la entrepierna—. Adam es el desgraciado que nunca querrás conocer, te lo aseguro. Charles es un idiota que no sabe qué hacer si no se lo dicen. Y puedo seguir. Un amigo de verdad —levantó la vista—, es aquel que te trae una taza de té porque estás enfermo, ese que se preocupa por ti. Tú tienes una amiga de verdad: Jessica.

—No puedo creer que no tengas ni un solo amigo de verdad... —negó ella, incrédula—. Y si así fuera, tu familia no va a olvidarte.

Zack sonrió tristemente.

—Mi familia —suspiró—. Mi familia es un tema complicado.

—¿A qué te refieres? Se veían realmente tristes...

—Ellos fueron los que me entregaron al dije en primer lugar. —Sus ojos grises se mostraron fieros y lo dicho la acalló a mitad de la frase.

—¿Qué... cosa dices? —preguntó, a pesar de que lo había oído muy bien.

—Me entrenaron desde que tenía cinco años para ser portador del dije.



Capítulo 4

Zoey lo miró con la boca abierta. ¿Qué clase de familia tenía? ¿Lloraban su muerte pero lo habían entregado a ella?

—¿Es... en serio? —tartamudeó—. ¿Te entrenaron? ¿Para morir? —dijo con la voz unas octavas más arriba—. ¿Ni siquiera te dejaron elegir?

—Era muy pequeño. —Zack bajó la cabeza—. Mi familia ha cuidado el collar por varias décadas, casi estaba en la obligación de tenerlo. Soy el único hombre. No podían dejarles eso a mis hermanas. Y si no lo hacía, *los malos* lo obtendrían. ¿Entiendes?

—¿Y ahora? ¿Ellos saben que lo tengo? —preguntó la chica con un susurro.

Él sacudió la cabeza y luego levantó los ojos para verla.

—¿Quiénes? ¿Mi familia o los malos?

—Ah... ambos.

—Mi familia seguro que no, tal vez buscan el collar como locos. Y los malos... algunos ya deben saberlo.

Zoey se estremeció. Evitaba pensar que muchos querían cazarla como una liebre por ese estúpido pedazo de cristal, porque, si no, estaría aterrada día y noche, oculta bajo las

sábanas de su cama. Aferró con fuerza el bolsito para canalizar el miedo.

—¿Qué me va a pasar? —susurró, por primera vez en esos dos días. Zack suspiró, pero no contestó—. ¿Realmente voy a morir?

El muchacho se rascó la cabellera rubia mientras se mordía el labio inferior, tal vez lleno de dudas.

—Yo voy a cuidarte —afirmó.

Pero eso no era suficiente. Ella asintió con la cabeza y no contestó; iba a morirse pronto y no tenía escapatoria. Tragó saliva evitando mirar a Zack. ¿Su muerte sería tan horrible y sangrienta como la de él? Cerró los ojos, mientras trataba de quitar el pavor.

De pronto las manos de Zackary cayeron pesadas sobre sus hombros. Zoey abrió los ojos y encontró su sonrisa.

—Vamos, ten fe en mí, ¿sí? Sé que no soy un buen ejemplo, pues... ya acabaron conmigo, pero esta vez será diferente. Antes era solo un mortal.

—No puedes estar detrás de mí toda mi vida —gimió ella.

¡No quería ni imaginárselo! *Ella con veinte años y Zack de diecisiete a su lado. Zoey con veinticinco y su novio, y Zack como conejo en el mismo cuarto. Zoey con treinta y cinco, tres hijos y ellos jugando con el peluchito en medio de la sala. ¡Ella con sesenta años con sus nietos y él aún de diecisiete años!* ¡No! Era intolerable hasta de pensar, principalmente por la invasión a la vida que no compartiría con él como hubiera deseado. ¿Cómo iba a hacer para enamorarse de alguien más? Debería aprender a ser su amiga más que otra cosa.

—Pues sí —admitió él y ella frunció el ceño.

—¡No, tú debes irte! No puedes vivir mi vida. ¿No quieres descansar en paz? —añadió con voz suave.

Zack hizo una mueca.

—Por ahora estoy feliz de estar aquí un rato más. Pero en alguno momento, te soy sincero, querré irme de una vez.

—No es justo que estés aquí por mi culpa.

—No entiendes, Zoey —dijo él seriamente, soltándola.

Ella negó.

—Claro que entiendo. Tomé el collar y es mi culpa

—¡Que no! —insistió él en voz alta—. ¡Es mi culpa! ¡Yo lo dejé caer!

—Dijiste que se desprendió solo antes de que murieras. ¿Cómo pudo haber sido tu culpa, eh?

Ambos juntaron las cejas.

—¡Porque no fui lo suficientemente bueno para el dije! ¡Él prefirió elegir a un nuevo dueño! ¡Por eso es mi culpa!

Zoey frunció los labios.

—Me confundes. Ayer dijiste que no tenías idea de por qué se había caído.

—Es que no la tengo, ¡yo creo eso! Como el collar se liberó antes de mi muerte, pensé que quizás se había aburrido de mí —contestó él, otra vez con angustia—. Volví para cuidarte porque el dije era mi responsabilidad y ahora está en manos inocentes; buenas, pero inocentes.

Se miraron sin decir más nada. Zoey tenía claros deseos de replicar, de decirle que no tenía fundamentos para creer eso, pero tampoco sabía demasiado sobre el dije como para contradecir sus palabras.

Eso podía llegar a convertirse en un gran problema. Se dio cuenta de que debía aprender sobre esa cosa lo más pronto posible. Por lo menos, para saber por qué iban a matarla, ¿no?

Abrió la boca para pedirle información, pero un extraño ruido a sus espaldas le hizo girar la cabeza; era como un rasgueo. Fijó los ojos en el mausoleo a dos metros con extrañeza, ante el sonido que provenía de su interior.

Zack observó, también confundido, el panteón a medida que el ruido subía de volumen. Las puertas de la pequeña ca-

silla, con perillas imitación de oro y dos pequeños vidrios sucios, temblaron ligeramente cuando algo comenzó a empujarlas. Unos dedos dejaron marcas en la tierra del vidrio y desde allí pudieron ver qué tan secos y huesudos estaban.

Sabiendo que aquello no debía ser posible, pero que de alguna forma los muertos podían volver a la vida, ella se retiró hacia atrás. Zack la sujetó del brazo, al tiempo en que ambos miraban absortos al cuerpo muerto que pujaba por salir del mausoleo.

—Esto es más *creepy* que mi vuelta a la vida —susurró él con los ojos como platos.

Zoey clavó las uñas en su piel, a medida que su miedo aumentaba. En ese momento, del mausoleo que ahora estaba a sus espaldas, un grito seco se hizo notar, seguido por otro sonido metálico; uno que coincidía muy bien con la descripción de una puerta saliéndose de su lugar.

Se giraron velozmente. Un hombre que no debía tener mucho tiempo de muerto, al menos tres semanas, sacaba brazos y cabeza por el agujero que había quedado con la puerta mitad caída.

—Esto no es normal —gruñó Zack, al tiempo en que otro zombi empujaba con menos esfuerzo aún la puerta de su guarida, y otros rompían las ventanas.

—¿Tú crees? ¡Esto es un asco! —chilló Zoey, tapándose la boca con las manos para contener los deseos de vomitar. No quería ver eso, para nada.

—¡Nos vamos!

Él tiró de su brazo y corrieron por los pasillos llenos de mausoleos que estaban repletos de muertos que morían, literalmente, por perseguirlos.

—¡Espera! —gritó ella, antes de que llegaran al gran parque donde estaban las tumbas en tierra y todos sus compañeros de colegio—. Si te ven...

Zack se detuvo y echó un vistazo hacia atrás. Unos pares de muertos habían logrado ya escapar y se movían lenta pero eficientemente hacia ellos.

—¡Diablos! Esto es un cementerio, si no salen de allí —señaló las criptas—, saldrán de la tierra. Tampoco tiene mucho sentido que te lleve con los chicos, ¿qué podrían hacer todos esos ineptos con un par de zombis?

—Tengo miedo —contestó la chica, apretando más su brazo. Zack no se quejó, puesto que no sentía dolor—. ¿Van a comerse nuestros órganos?

—¡Los tuyos, no los míos! No tengo —soltó él, sin dejar de vigilar con la mirada a su alrededor—. ¡Tengo que pensar! —Se quedó junto a ella, mirando a un lado y a otro, intentando decidir cómo obrar. Si la dejaba con los alumnos, podía ser que los zombis atacaran a todo el grupo. Bueno, tal vez en veinte minutos lograran llegar hasta ellos, pero podía ser posible—. Bien —gruñó de mala gana. Con un movimiento rápido de sus manos, la alzó hasta ponerla boca abajo sobre su hombro.

Ella pegó un gritito ahogado al quedar fuera de equilibrio e involuntariamente pateó y agitó los brazos. Disimuladamente y cómo quien no quiere la cosa, Zack pasó una mano por la falda escolar de la niña.

—¡Oye! —gimió Zoey, con la cara roja como un tomate.

—No hables, debo patear estos traseros huesudos antes de que el que los controla decida salir a divertirse.

Contrariada, Zoey puso ambas manos en su espalda y se estiró hacia arriba. No había absolutamente nadie cerca de ellos, sacando de lado a los muertos que se acercaban con paso lento. ¿Había alguien oculto entre las sombras de los panteones?

Entonces, mientras intentaba vislumbrar algo, Zack se lanzó contra los zombis, logrando que perdiera el equilibrio que había logrado con sus manos y que su cabeza bailara y golpeará contra sus costillas. Se movía tan rápido que apenas veía a los cuerpos volar metros por encima de ellos. Se concentró en tratar de no vomitar y terminó cerrando los ojos, aferrándose a su torso para encontrar estabilidad. Pero era complicado, muchísimo. La cabeza le daba tantas vueltas que podía estar desenroscándose.

Cuando se quedó quieto, tuvo ganas de saltar de la felicidad. Abrió los ojos y observó cómo los cadáveres habían terminado, algunos en pedazos, metros más allá. Otros volvían a levantarse lentamente.

Zack tiró de sus piernas hacia abajo y la paró en el suelo, frente a él. Zoey lo miró expectante, mientras él todavía tenía sus manos en su cintura, quizás muy cerca de su trasero

—Ahora mismo correrás hacia el grupo y te subirás al bus, ¿bien?

Ella arqueó las cejas mientras miraba su falda levantada.

—De acuerdo, vas a... —señaló sus manos.

Zack suspiró con una sonrisa boba en la cara.

—¿Te dije que no solo tenías unas piernas de infarto, sino también unas curvas bien sexys? —Zoey abrió la boca para decir algo, lo que sea, pero él la giró y la empujó hacia el grupo de alumnos—. ¡ANDA! ¡Corre!

Con un *puf* se convirtió en un conejo. Ella lo sujetó en el aire y sin mirar atrás, corrió tan fuerte como pudo, adentrándose en el parque. Así, mientras arrastraba los zapatos negros contra el césped, se preguntó cuánto podría demorarse un cuerpo en salir de su tumba y cavar tierra arriba. Seguro que mucho, ¿verdad?

Zack la retó.

—¡No dejes de correr! —Entonces notó que había aminorado la marcha. Volvió a ponerle potencia y visualizó a sus compañeros, al fin caminando hacia el bus para regresar al colegio.

Apresuró el paso y notó, de lejos, cómo Jessica la miraba estrechando los ojos.

—Genial —murmuró, anteponiéndose a la que le esperaba.

—¡Vamos! ¡Vamos! —La instó Zack, girando su cabeza de conejo hacia atrás—. ¡Y ni se te ocurra mirar!

Con una expresión horrorizada, solo alcanzó a mirarlo a él a la cara.

—¿A qué te refieres con eso? —gritó impresionada, tentada de mirar hacia atrás.

—¡Ni lo sueñes! —Zackary se trepó a su nuca y se sujetó a su cabello con una de sus patas—. Quiero que te des cuenta de esto: atacarán a todo el grupo sin problema alguno, tienes que apurarlos a subir al micro. ¡Debemos irnos! Lo más probable es que si estos zombis no llegan a tiempo, el señor que anda detrás se encargará de traer algún otro truco para matarnos a todos. Bueno... a ustedes, me refiero.

Asustada por lo que estaba pasando a su espalda, llegó al grupo e ignoró los grititos incesantes de Jessica para llegar a la directora.

—¿Zoey? —La mujer la miró extrañada; se veía agitada, despeinada y tenía la falda doblada. Además de fijarse en ella, miró con interés el muñeco de conejo, inmóvil en su nuca—. ¿Estás bien? ¿Qué pasa?

—N-no me siento bien... —gimió rápidamente—. Creo que tengo fiebre, ¿podemos irnos rápido?

Bien preocupada, la señora le puso una mano en la frente.

—Estás transpirando. Vamos, ¡mejor antes de que la brisa te haga mal! —La empujó suavemente hacia el micro y en unos largos minutos, que pusieron a Zack y Zoey más nerviosos, todos estuvieron dentro y bien sentados.

Jessica se colocó, cruzada de brazos, a su lado.

—¿A dónde diablos habías ido? —le increpó—. ¿Estás loca? ¿Qué demonios te está pasando?

Zoey se mordió el labio inferior, mirando alarmada por la ventana. Zack, que seguía en su cabeza, apenas se movió para susurrarle al oído.

—Hubiera sido mejor que te sentaras lejos de los cristales.

—¿ZOEY! —Jessica perdió la paciencia—. ¡Te estoy hablando! ¿Qué pasa contigo? ¡Me asustas!

—¿Qué? —Ya tenía demasiado estrés encima como para también pelearse con Jessica; se giró hacia ella de mala gana—. Me fui porque no podía soportarlo, necesitaba un tiempo a solas, ¿sí? Por favor, ya deja de atosigarme.

Jessica frunció el ceño, visiblemente ofendida.

—Ah, ¿yo te atosigo? —dijo con frialdad.

Zoey se pasó las manos por la cara. ¿En serio tenía que pasar eso ahora?

—La muerte de Zack ha sido demasiado para mí. Necesito estar tranquila. Y no te lo reprocho, entiendo que estés preocupada, pero no... no debes hacerlo. Estoy bien, solo necesito pensarlo y asimilarlo. Si estás retándome por todo...

Jessica se cruzó de brazos, miró hacia adelante y no le contestó, muy enojada. Zoey suspiró y volvió a mirar el cementerio por la ventana. No veía nada de zombis a los lejos, pero eso no quería decir que las cosas estuvieran bien.

—Apúralos —insistió Zack, hablándole al oído.

—Ay, no —gimió ella casi inaudiblemente—. ¡Profesora! —gritó, levantándose del asiento. Todos voltearon la cabeza. Ante la atención, se le enredó la lengua—. ¿Podemos apurarnos? Creo que me voy a desmayar —fingió.

La directora asintió y apuró al conductor a encender el motor. Cuando el autobús comenzó la marcha lentamente, ocurrió algo terrible: la ventana de Zoey se partió con un estruendo y miles de pedacitos de cristal cayeron sobre ella y Jessica. Todo el mundo gritó y las chicas se encogieron en el asiento, tapándose las cabezas.

Con un chillido, la directora le ordenó al chofer que acelerara y este no perdió el tiempo. Arrancó por las calles de tierra del cementerio y, casi haciendo rally en ellas, salió del lugar a una velocidad alarmante, tras la estela que habían dejado los demás buses apenas unos minutos antes.

Zoey alzó la cabeza y vio cómo el conejo de peluche estaba clavado entre las ventanas del otro lado del bus por una flecha de madera en la cabecita. Milagrosamente, ninguna estaba herida por los vidrios rotos.

Mientras todos salían de la confusión y comprendían que alguien los había atacado, corrió a desclavar al muñeco. No

gritó su nombre como hubiera querido; entre los chillidos de sus compañeros, las profesoras llegaron hasta ella.

—¡Por Dios, niñas! —gritó la profesora de Literatura—. ¿Están bien? —dijo, mientras la directora marcaba el 911. Jessica, pálida como una tiza, asintió con la cabeza.

Los adultos los obligaron a todos a esconderse bajo los asientos y no se detuvieron en todo el camino. El bus iba de prisa y había demasiado pánico en el aire.

Aún abrazando el muñeco, Zoey se escondió junto con Jess. Ambas se miraron con un gesto de disculpa por haber peleado justo antes de tener grandes posibilidades de morir.

—¿Estás bien? —gimió ella.

—Sí.

—¡Casi te da a ti! —susurró su amiga, con el labio inferior tembloroso—. Esto es horrible. ¡Primero lo de Zack y ahora atacan a un bus escolar! ¿Es que el mundo se volvió loco?

Zoey se encogió de hombros y miró al muñeco de peluche que ahora reposaba en el suelo. Zack le guiñó un ojo para demostrarle que estaba bien y, algo más tranquila, pensó en las palabras de Jessica. No era que el mundo se hubiera vuelto loco, era solo que ellas acababan de descubrir que tan loco estaba.

Ya era casi de noche para cuando llegaron al instituto y, apenas llegaron, el comedor abrió para dar de cenar a los alumnos. Como ambas estaban demasiado conmocionadas, no bajaron a cenar.

Muchos de sus compañeros habían llamado a sus padres para pedir que vinieran por ellos, a causa de lo vivido. Nadie quería quedarse allí y el miedo flotaba en el aire. La muerte de Zack y el ataque para muchos no parecían ser cosas sin conexión alguna; pensaban que se trataba de un mal augurio. Los más imaginativos inventaron historias, como que Zack quería vengarse del colegio y por eso los atacaba durante su funeral.

La realidad de los adultos era menos fantástica. La policía del pueblo llegó al colegio para hablar con los profesores

y dejar custodios en las entradas de los terrenos. Hasta donde se enteraron los chicos, la policía se había contactado con los encargados del cementerio para aclarar lo sucedido, pero nadie tenía idea de quién podría haber disparado una flecha. El objeto punzante ahora estaba con los oficiales como prueba del delito. Por ahora, lo atribuían a vandalismo.

Deseosa de hablar a solas un poco con el foco del conflicto, Zoey se encerró en el baño una vez en la habitación y argumentó una ducha que no se daría. Jessica sí notó que se llevaba el muñeco a la ducha, pero guardó silencio y se limitó a mirarla hasta que desapareció de su vista.

Todavía nerviosa, abrió el agua caliente y simuló ruidos con los frascos de champú, para ocultar el sonido del seguro de la puerta. A salvo con Zack, preguntó lo que moría por preguntar desde hacía horas.

—¿Estás bien?

Él asintió. No había rastro alguno en su cabecita de haber sido atravesado por una flecha.

—Tranquila, no debes preocuparte por mí. —La miró con el ceño fruncido—. ¡Fue un milagro que me diera! De casualidad el tipo tenía mala puntería.

—¡Lo sé! —La tensión que tenía encima le sobrevino en ese momento. Se dejó caer en el suelo junto a él y ahogó un gemido en sus manos—. ¡Casi muero!

—Fue una mala idea. No podía transformarme para protegerte como es debido. Estoy haciendo todo mal. No sé cuidar de alguien más, solo sé cuidar de mí mismo.

Zoey frunció el ceño.

—Y así te fue —murmuró sin intenciones de ser malvada.

El conejo se cruzó de brazos.

—Morir cae sobre mis hombros, no tiene nada que ver contigo —se quejó—. Ahora debo hacerlo bien. No morirás, Zoey, lo juro.

Pasándose las manos por la cara, ella se levantó del suelo. Poco sentido tenía ponerse a llorar allí mismo.

—No prometas cosas que no puedes cumplir —le indicó. Suspiró y se dispuso a terminar su treta del baño—. ¡Esa cosa también pudo herir a Jessica!

—Siendo alguien tan buscada, es normal que pongas en peligro a los demás. —Zack se sentó en el suelo contra una pared. Se frotó la frente blanca en el lugar donde había sido el impacto, mientras ella metía la cabeza bajo la ducha.

Zoey quería mojarse también otras partes del cuerpo, pero recién en ese momento se daba cuenta de que estaba encerrada con un chico en un baño y que no podía salir con la misma ropa con la que había entrado.

—Zack... —susurró, sabiendo que él no iba a hacer lo que ella le pidiera.

—¿Sí? —contestó él, con un gruñido involuntario.

—Voltéate.

Aquella palabra llamó su atención. Sus rayas negras brillaron con malicia en el momento en el que ella le dio la espalda para quitarse el suéter, que aún tenía pedacitos de vidrio.

—¿Qué cosa dijiste? No te oí —replicó con un tono alegre.

Zoey enrojeció hasta la coronilla y se giró, enfadada.

—¡No juegues! Tengo que sacarme el uniforme, ¡así que voltéate!

El conejo bajó las orejas.

—*Obligame.*

Se miraron en silencio durante unos escasos segundos, hasta que Zoey se lazó sobre él. Lo tomó de las orejas y corrió hasta el cesto de la ropa sucia que tenían en un rincón del baño. Lo metió dentro y, enseguida, echó su suéter encima y cerró la tapa.

—¡Y quédate ahí!

Escuchó a Zack bufar y saboreó su victoria. Rápidamente, se quitó los zapatos, la falda y las medias. Haciendo todo un

bollo, abrió la tapa del cesto y tiró todo de vuelta encima de su cabeza. El chico se quejó nuevamente y se removió por debajo de la ropa.

Sonriendo, ella desabrochó su camisa. Ya se la había quitado y estaba a punto de sacarse el corpiño y las bragas para ponerse la bata encima cuando él emitió un sonido divertido.

—¿Sabes que aún puedo verte a través de esto, no?

Zoey se tapó con las manos y se giró a ver el cesto. Era de mimbre y, por supuesto, distinguía dos rayitas negras malignas a través del mismo. Zack había logrado sacar la cabeza por entre todo el revoltijo de ropa.

Maldiciendo su olvido, tomó una toalla y se la echó encima.

—¿Quieres que te recuerde también que aún puedo transformarme y salir fácilmente de aquí? —Añadió el chico con tono burlón—... ¡MIERDA!

—¿Qué te pasa? —dijo ella, temiendo que cumpliera su amenaza y tuviera que patearlo baño afuera, justo donde estaba Jessica. Zack no le respondió enseguida. El cesto tapado con la toalla se quedó inmóvil y en silencio.

Allí fue consciente del cambio de tono de voz empleado y se dijo que algo había sucedido, ¿verdad? Un poco asustada, esperó la respuesta tapándose con la bata.

—¿Zack?

—La flecha no era para ti —dijo—. *Era para mí.*



Capítulo 5

Zoey se puso la bata encima y corrió a sacar la ropa del cesto. Zack se miraba una pata con enfado.

—¿Cómo que era para ti? ¿No querían matarme a mí?

—Esto me hace suponer que ellos no saben que tú tienes el dije —murmuró él, con el ceño de conejo fruncido—. Deben pensar que lo sigo teniendo yo.

—Pero el collar se desprende cuando alguien muere. ¿Es que no se dieron cuenta de que estás muerto?

—Tal vez piensan que es una treta. —Zack saltó del cesto, aún mirando su pata delantera—. Imagina que me vieron transformarme en hombre contigo en el cementerio. Pueden creer que fingí mi muerte para que dejen de buscarme.

—Y eso... —Zoey se agachó para quedar a su altura—, ¿es bueno o es malo?

—Ninguna de las dos cosas —soltó el conejo—. Puede que no te persigan a ti por ahora, pero que yo esté cerca para cuidarte de otros puede ponerte en peligro.

—Entonces, separarnos es lo mejor.

En seguida, Zack bramó:

—¿Estás loca? ¡Claro que no! Zoey, no hay un único enemigo. Estos pueden creer que yo tengo el dije, pero otros no lo harán y se empezarán a preguntar por qué te sigo a todos lados.

Zoey se sentó en el suelo, enfurruñada y cansada de no ver los límites de ese problema.

—Esto parece no tener salida.

—Claro que la hay. No llamar la atención, esa es la salida. Siempre deberé mostrarme como conejo. No deben verme en forma humana. Mientras nadie más me relacione contigo, no deberías tener grandes problemas en la proximidad. Hay que mantenerlo en secreto.

—¿Y cuánto durará esto, eh?

Él estrechó los ojos.

—Ese no es el punto ahora. ¡Mira esto! —Extendió la pata que tanto había mirado hacia ella. Tenía una pequeña marca negra, un arabesco.

—¿Qué es eso?

—La marca de un hechizo —dijo entre dientes el conejo—. No sé qué efectos puede tener en mí. Seguramente la flecha estaba contaminada con este embrujo. Como primer efecto, no puedo transformarme en humano ahora mismo. Llevo intentándolo desde te amenacé con hacerlo.

Zoey se quedó callada, viéndolo despoticar en voz baja, mientras iba y venía por el baño. Sinceramente, no tenía idea de nada. Cada cosa que mencionaba Zack la confundía más y comenzaba a marearse por tanta información. ¡Y ni hablar de todo lo que no sabía!

—Cuándo... —susurró, e hizo que Zack se detuviera en medio de su caminata—, ¿cuándo vas a contarme en su totalidad qué es todo esto? —La chica tomó el collar entre sus dedos.

Zack suspiró.

—El dije... lo que es no es fácil de explicar, Zoey. Es algo muy poderoso, peligroso, que tiene conciencia propia, no

hace lo que el humano le dice. Tan solo nos usa de transporte —aclaró—. Yo tampoco estoy tan seguro de qué es con todas las letras. Hay cosas que nunca me dijeron ni se molestaron en explicarme, y tampoco me interesó. Siempre es así, nunca hay que inmiscuirse demasiado.

—Si no hace lo que el humano le dice, ¿por qué hay gente que lo quiere? ¿De qué le serviría? —preguntó ella, sin encontrarle sentido.

—Muchos se creen capaces de dominarlo. Siempre me pareció estúpido, la verdad. El dije no es una cosa que ceda a la voluntad humana. Mi familia... —La voz del conejo se volvió ronca—. Mi abuelo obtuvo el collar cuando era joven y se encargó de protegerlo de esas personas que creen poder controlarlo. Se supone que la gente quiere usarlo para hacer cosas horribles. Decía que había alguien que podía forzar al dije a hacer su voluntad, pero ni él sabía quién era. Yo creo que... eso de que «*hay alguien*» —agitó las patas como si estuviera haciendo comillas con los dedos— es interpretado por los que lo buscan como una leyenda. Ya sabes, piensan que ese alguien especial son ellos. —Zoey se quedó callada, atenta, y él continuó sin más—. La idea era que el collar siguiera en nuestra familia. —Zack bajó las orejas—. Nosotros nos caracterizábamos solo como portadores, no como utilizadores del poder. Nunca fue nuestra intención controlarlo.

—¿Y te criaron solo para portarlo?

—Por lo que durara mi vida. —Sonrió tristemente, con las orejas aún caídas—. Mi abuelo, antes de morir, decía que yo iba a vivir mucho porque era muy bueno en mi entrenamiento. Todos creían que iba a lograrlo... ¡Pero no! —Su voz sonó alegre esta vez, como si estuviera feliz de haber decepcionado a su familia entera—. Yo era rápido, muy fuerte para mi tamaño y edad, pero nunca fui muy diestro con la magia y los hechizos que usaba sin el poder del dije eran muy básicos.

—No te entiendo, Zack —admitió Zoey entonces, ladeando la cabeza con pena. Se miraron a la cara hasta que él se sentó en el suelo frente a ella.

—¿No entiendes qué?

—Primero decías querer ver a tu familia, que ellos sufrían por ti, pero luego me dices que ellos te entregaron, y no parecías feliz por eso.

Zack negó.

—¿Quién lo sería? Amo a mi familia, pero yo no quería esto. Amé a mi abuelo y durante mucho tiempo entendí sus razones y las seguí con fervor. Sin embargo, cuando él murió y me tocó seguir sus pasos, supe que no era tan buena idea. Aprendí a ocultarme y a disimular, pero nunca pude soñar con algo más.

—¿Entonces es eso? —preguntó, cayendo en la cuenta de lo que en verdad significaba—. ¿No hay futuro con esto?

—¿Futuro? Yo estoy muerto y tú puedes morir en cualquier momento —le dijo, suavemente—. Odio tener que decírtelo, pero aunque yo esté aquí, cuidándote, nunca podrás volver a pensar en la vida como la veías antes. Siempre vas a estar midiendo tus pasos —explicó, haciendo eco de los pensamientos que ella acababa de establecer.

Sorbió fuertemente por la nariz y se quedó en silencio, sopesado las emociones que la estaban hundiendo.

—No es fácil de digerir —admitió, tragando saliva—. Ya sé que lo dije muchas veces, pero no quiero morir.

—No vas a morir. —Zack bajó las orejas—. Pero tienes que saber que nada va a ser igual.

—¡Me acabo de dar cuenta! ¡Sé que nada va a ser igual! —exclamó, con las mejillas rojas.

—Esto no va a acabar mañana, Zoey.

Se miraron otra vez, pero ella apartó la vista, entre asustada y cansada, y él negó con la cabeza.

—Y es aquí donde debería decir que estoy muy interesado por ver cómo te duchas, pero al final tenemos asuntos de los cuáles ocuparnos.

Zoey enrojeció como un tomate, esta vez por vergüenza, y alcanzó a darle un manotazo en la cabeza de algodón.

—Desubicado —dijo entre dientes.

Zack suspiró.

—Soy un hombre de mente pura y sana. Tengo el recuerdo de tus nalgas y piernas grabado en mi cerebro, ahora solo me falta completarlo con la memoria de tus pechos... —susurró como si se tratase de una poesía.

Ahora, enojada de verdad, Zoey se paró de un salto y lo apartó con un pie.

—¡Si hubiera sabido que eras así de desubicado...! —Empezó, con un tono duro.

—Si hubieras sabido... ¿qué? —la desafió él, cruzándose de patas.

Ella volvió a renegar. La ponía nerviosa con sus comentarios. Esa era una de las razones por las que se enfadaba: claro que le encantaba que él dijera algo sobre su cuerpo, pero la verdad es que la burla no la encontraba divertida.

«¿Qué más da?», pensaba su cerebro durante los escasos segundos en los que tardaba en reaccionar... «*Si el acoso viene por parte de Zackary Collins...*».

«¡NO!», gritó otra voz dentro de ella. Debía recordar que venía del *MUERTO* de Zackary Collins.

Sacudió la cabeza.

—Entonces... —susurró—, dejando de lado *tu lado* poco educado —dijo, acentuando las palabras—, ¿qué haremos con lo de la flecha?

—Debemos quitar el hechizo. Creo que esta cosa puede afectar mis poderes en todo sentido. Si pierdo el control sobre mis transformaciones...

—¡Jessica podría verte!

—¿Jessica? —gruñó él—. Jessica es lo de menos. Imagina que estoy en tu mochila, con forma de conejo en medio de una clase y sin poder controlarlo me vuelvo humano. Reviento tu mochila y todos los presentes ven cómo el chico muerto aparece de la nada... —La miró, arqueando una ceja de conejo.

—Oh..., oh —respondió Zoey. Claro que entendía: pánico total en toda la escuela por la vuelta del fantasma de Zackary Collins. Si solo Jessica lo viera, sería fácil contenerla comparado con explicarle a toda una manada de alumnos qué era lo que sucedía—. ¿Cómo... cómo quitamos el hechizo?

—Bueno, el dije claramente podría sacarlo —contestó Zack muy, muy serio—. Pero es obvio que habría que forzarlo. Para él sería un poco de magia y nada más —señaló su pata—, ya que sospecho que no debe ser un hechizo complicado. Sin embargo, puede que con mis nuevos poderes pueda deshacerlo. Tengo que probar.

—¡Entonces hazlo!

Zack negó rápidamente.

—No puedo hacerlo aquí. Jessica está del otro lado y no sé qué puede salir mal, porque no conozco a fondo mis nuevas habilidades. Tengo que probar —repitió.

—¿Ah, sí? ¿Y con el dije no sería más... fácil, entonces?

—¿Más fácil? —repitió él con cinismo—. ¿Sabes lo que te haría a ti intentar usar su magia? No está hecho para humanos, te dejaría en KO., o al menos muy lastimada.

—¿Pero y si tu magia no funciona y no puedes quitarlo? —razonó ella.

—No lo sabemos.

—No tendría mucho sentido que estés aquí si no podemos quitarte el hechizo. No podrías cuidarme bien.

—Ya sé que si no puedo cuidarte... —murmuró, sin completar la frase—. Pero no lo sabemos. Me niego a usar el dije, a menos que sea de vida o muerte.

—Todo es de vida o muerte ahora, Zack —le recordó ella.

—No esto.

—¿Y si te hace más daño? ¿No es conveniente usar el dije ahora a esperar que pruebes tus trucos?

—¡No vamos a usar el dije y punto! —la cortó él.

Zoey se cruzó de brazos y lo miró fijamente. Se quedaron callados, tan solo intentando convencer al otro de que lo mejor era lo que decían. Estrecharon los ojos casi al mismo tiempo al notar que ninguno de los dos cedía.

—Zack... —amenazó ella—. Si no puedes transformarte... ¿al final quién es la más grande ahora? Podría obligarte.

—No lo haremos —gruñó él—. ¡Y es mi última palabra!

Zack masculló. Sacudía su pata delantera como si quisiera desprenderse así de la mancha negra que en ella llevaba.

Aquel día había sido una tortura. Que la policía, que su familia, que las familias de los demás niños... la familia de Zoey. Todos estaban histéricos. Los padres llegaban como desesperados a sacar a sus hijos del colegio. Especialmente, los padres de los niños que habían ido al entierro.

Cuando los Scott supieron que a su hija casi le perforaban la cabeza, llamaron a la directora y a la misma chica para avisar que iban a llevársela hasta que las cosas se calmaran. Parecía realmente un apocalipsis antes de tiempo.

Zack caminó por la habitación vacía, muy nervioso al estar separado de Zoey y del dije, pero ella estaba con sus padres y con la directora. Habían llegado al cuarto y la habían sacado de él tan rápido que el conejo no había podido irse con ellos.

¿Y si le pasaba algo mientras no estaban juntos? Ya tenía demasiado con no poder transformarse y mucho más con no haber podido encontrar una solución al hechizo en esos dos días. Había probado todo y nada había quitado la marca de su pata.

Entonces cometió el gran error de aceptar lo que menos deseaba hacer. Estaba enfadado por eso, también.

Ella había insistido y él había tenido que reconocer que el sentido común lo empujaba a realizar el acto. En esos días había notado que su magia se había limitado bastante. Zoey tenía razón. ¿Cómo pretendía liberarse del hechizo él mismo si el hechizo arruinaba sus poderes?

Había protestado todo el camino por los pasillos a oscuras del colegio en la madrugada, hacia la escalera que llevaba a la terraza. Pero debía admitir que había tenido fe.

—Ya no te quejes... —Lo había regañado Zoey, mientras él se cruzaba de brazos, sentado en su hombro. Ella empujó la puerta pequeña de metal que le permitía salir al techo del colegio.

—Claro que me quejaré —dijo—, lo haré todo lo que quiera. No estoy de acuerdo. Cuando salgas lastimada no vengas a llorar conmigo.

—Hay que creer, ¿no? —susurró ella, intentando tener confianza. Él le contestó con un gruñido.

Tranquila y con el aire frío de la noche golpeándole el rostro, Zoey había caminado hasta el centro del techo y se había sentado en él. En ese momento, Zack habría querido morderle la mano para quitarle esa sonrisa emocionada que llevaba en la cara. Ella necesitaba entender cómo eran las cosas, no ponerse contenta por unos truquitos.

—Entonces... ¿qué hay que hacer? —había dicho la chica.

Zack se bajó de su hombro y cruzado de patas, le dio la espalda.

—No estoy de acuerdo —repitió, enajenado como un crío. Zoey puso los ojos en blanco.

—¡Ya dime qué debo hacer! —gritó dándole un golpe con la mano abierta en la cabeza blanca. Zack se volteó de mal humor y ahí juró que la mordía. ¡Incluso con saltarle encima, a lo conejo loco, bastaría!

—¡No me golpees, niña!

—¡Debo hacerlo para que dejes de actuar como el gran héroe!

Con ese comentario, Zackary se había enfadado y había sacado a relucir su perfecto orgullo.

—¡Soy un gran héroe! —protestó, ofendido—. Pero si no quieres mis servicios, podría irme tranquilamente de aquí, ¡a descansar en mi tumba como corresponde!

Zoey le había dirigido una mirada divertida, justo después de poner en blanco los ojos; pero se mordió la lengua para no lanzar más cosas que lo molestaran. Debían hacer la magia y no seguir perdiendo el tiempo. Zack, en cambio, subía las cejas en desafío.

—Ya... eres un héroe —corroboró Zoey llevándose una mano a la frente—. ¡Dime qué hacer de una vez!

Él había suspirado y fue allí cuando se rindió de verdad.

—Bien... —dijo entre dientes—. Para forzar al dije, hay que decirle las cosas en latín. Probablemente esto ni siquiera funcione. Algunas veces he probado usar su magia y me he ganado hasta huesos rotos. Debes repetir lo que yo te diga tal cual es.

—Bien.

Zack se paró frente a ella y le tendió las patas.

—Sujétalas. —Como si se estuvieran tomando de las manos, se sujetaron. Zoey lo miró fijamente, a la expectativa—. Repite, ¿sí? —Ella asintió—. *Libera tua potestas*.

—Libera... tua... potestas —repitió Zoey frunciendo el ceño. Vale, eso no era tan difícil.

—*Committe hoc mihi cum fide et frangit incantatus*.

Con la boca abierta, balbuceó algo parecido hasta que el conejo bajó las orejas.

—¿Qué?

—¡Lo que tu dijiste!

—*Committe hoc mihi* —dijo Zack con tono duro—. Anda.

—*Committe hoc mihi*.

—*Cum fide et frangit incantatus*.

—*Cum*. —Había alzado las cejas a medida que lo decía, insegura, y Zackary asintió, recordándole el poco tiempo que tenían para ello—. *Fide et... frangit... ¿incantatus?* —«Ava-daKedavra».

En ese mismo segundo ocurrió una explosión. El dije brilló y una fuerza invisible los empujó, a cada uno, con un poderío sobrenatural, hacia atrás, a una caída inminente de más de cuatro pisos de altura.

A Zack solo le quedó el eco de los gritos de Zoey y, a medida que caía, fue consciente de que ella moriría al llegar al suelo y de que él no podía convertirse en un humano para salvarla.

Con sus pequeñas patas se aferró del alféizar de una ventana y se impulsó hacia arriba. Cruzó el techo casi volando y realizó un clavado épico. Ella no había tocado el suelo, así que se aferró al torso de la chica, se colocó debajo y desde su propio cuerpo creó una esfera semitransparente que operó como una pelota blanda. Como un colchón salvavidas.

Cayeron sobre la extraña burbuja, pero el rebote los lanzó metro y medio hacia arriba antes de golpear finalmente contra el suelo cubierto de pasto. Su quejido quedó amortiguado por tener la cara contra la tierra.

—¿Estás bien? —le preguntó, tirando de su cabello para moverle la cabeza y ver su rostro.

—Genial —había mascullado ella—. *Héroe*.

¡Sí, todo un héroe! Casi la mataba y eso era porque se había dejado convencer. Luego tuvieron que esperar toda la noche fuera a que Jorge abriera alguna puerta de servicio para poder colarse dentro.

Ahora, los padres de Zoey no sabían que había volado por el aire, estaban muy conscientes de que un aura de peligro

rondaba a su hija y no querían tener que perderla en un horrible accidente.

Agitó las patas una vez más, tratando de quitarse de la mente el nefasto intento por volver a recuperar el control. En todo el día no había parado de intentar transformarse, de probar la poca magia que le quedaba.

Sacudió su pata por enésima vez y cuando fijó sus ojos de rayas en ella, estas casi se vuelven tan circulares como platos. Su pequeña manito se estaba... ¡deshaciendo!

Aterrado, ahogó un gemido. ¿Cómo podía estar *desapareciendo*?

Sin pensarlo dos segundos más, se lanzó hacia la puerta del cuarto. Debían repetir el hechizo en un lugar más seguro, ¡pero *debían* repetirlo! Si el cuerpo que le habían prestado comenzaba a desarmarse, Zoey estaría en más peligro que antes.

Como un peluche, corrió y saltó por los pasillos del colegio, rumbo a la dirección donde esperaba encontrar a la niña, por lo menos, antes de que sus padres se la llevaran lejos. Se ocultó cuando algunos alumnos pasaron y avanzó más aprisa cuando ellos se alejaron. Parecía una carrera contra reloj, puesto que a medida que se acercaba a su destino, su pata se iba escamando cada vez más en pedazos blancos de cenizas.

Eso era exactamente lo que pasaba, se estaba volviendo *cenizas*.

Llegó a la dirección preocupado por su propia integridad antes que por Zoey, pero lo único que vio a través de la ranura de la puerta de la dirección fue a la directora hablando con los padres de Jessica.

¿Y Zoey?

Suponiendo que esta había vuelto a su cuarto por el otro camino por sus cosas, se volteó y emprendió el viaje de vuelta.

Bajó unas escaleras y subió otras, atravesando primero el ala de los cuartos en los que él solía dormir. Tan solo tenía que

atravesar el pasillo principal y correr por el secundario hasta el cuarto de las niñas, pero unas voces conocidas lo detuvieron antes de ser visto.

Mariska gritaba como una loca.

—¡Sé que sabes algo!

—Por favor, Marie, no sé de qué hablas. ¿Cómo crees...?

—Adam Smith se alejaba de ella. Pero la chica no pensaba retirarse sin las respuestas que buscaba.

—No te hagas el idiota, Adam. ¡Zack y tú eran buenos amigos! Y ese día él actuó tan extraño...

—Él nunca me decía nada, Marie. Ya te lo dije, no sé de qué hablas.

—¡Haz actuado extraño desde que murió! ¡No como un amigo normal! Murmuras cosas... ¡Sé que sabes algo de su muerte, Adam! ¡Dímelo!

Zack apenas si miró su pata deshaciéndose. La conversación lo había dejado pasmado. Adam y él nunca habían hablado sobre sus vidas privadas, eso era lo cierto. Él no le contaba nada y viceversa. Eran solo... compañeros. Pero nunca buenos amigos. Sabía muy bien qué clase de persona era ese chico, era de aquellos que poco le importaban los demás, pero de ahí a tener algo que ver con su muerte...

Adam negó nuevamente y, cada vez más impaciente, se alejó de Mariska por el pasillo principal hacia los dormitorios. Ella lo siguió, insistente, y recordando que él tenía que llegar a Zoey, Zack volvió a correr tan rápido como pudo.

Los gritos provenientes del cuarto de las chicas eran bastante sonoros a distancia. La puerta se abrió antes de que pudiera llegar a ella y ante los vivos, así que no tuvo otra que dejarse caer en el suelo como un objeto inanimado.

Zoey empujaba a sus padres fuera del cuarto.

—¡Olvidenlo! ¡No me iré! Lo que pasó fue algo trágico, lo sé, pero no volverá a pasar. ¡No me marcharé de este colegio!

—¿Zoey Corinne Scott! —bramó su madre—. ¡Harás lo que te diga!

—¡No me digas Corinne! ¡Es horrible! ¡Y no! ¡No me iré! ¿Es que no lo entienden?

—¿Qué es lo que no entendemos? —masculló su padre—. Han pasado ya demasiadas cosas y no puedo concebir que peligros de esta forma. ¡Casi te atraviesan la cabeza, por el amor de Dios! No estamos para nada conforme con las medidas de seguridad de esta escuela.

La chica los empujó aún más y entonces vio al conejo tirado en medio del pasillo.

—No, es que se equivocan. Esas cosas fueron accidente y lo de Zack fue imprudencia propia. ¡La escuela no podría haberlo prevenido! ¿Es que creen que iré a meterme al sótano? —les dijo, agitando las manos.

—¡Pues eso hiciste cuando hallaste al chico! —chilló su madre.

—¡Y menos mal que lo hice! —ladró ella, corriendo para tomar a Zack. Retrocedió hacia el hueco de la puerta antes de que pudieran secuestrarla—. Hubiera deseado no hacerlo, de verdad. Pero no pueden arrancarme de este lugar solo porque él fue un idiota y otro loco atacó al autobús. —Sus padres apretaron los labios, justo cuando la señora Scott se preparaba para lanzar más gritos—. ¡Por favor, quiero estar aquí, con mis amigos!

—No estoy nada seguro de eso.

—¿Y si te pasa algo? —dijo su madre con un tono contenido—. ¡Eres mi hija!

—Estaré bien —recalcó Zoey, apretando a Zack contra su pecho con nerviosismo—. ¿La directora tomará medidas ahora, o no?

Su papá asintió de mala gana.

—Si tan solo vinieras unos días con nosotros.

—¿Y qué tal si ustedes se quedan unos días por aquí, eh? ¿No sería lo mismo? ¡No pienso perder clases!

Allí, de alguna forma, los atajó a ambos. El señor Scott asintió lentamente y su madre, a pesar de la necesidad de seguir gritando, se lo aguantó.

—¡GENIAL! —chilló, desesperada por huir—. Ahora lárguense.

—¡Zoey! —protestó su madre, pero ella negó rápidamente.

—¡Tengo mucho que estudiar! Para eso pagan el colegio, ¿no?

El señor Scott puso los ojos en blanco, besó rápidamente a su hija en la cabeza y apuró a su mujer cuando está abrazó a Zoey con más fuerza de la posible.

Apenas la soltaron, ella huyó al interior del cuarto y cerró la puerta de un golpe.

—¡Vaya que eres dura! —exclamó Zack.

—¿Dónde estabas? —susurró Zoey.

—¡No hay tiempo! —El conejo le mostró la pata—. ¡Me desintegro!

Observó embobada cómo la pata de Zackary se deshacía en cenizas blancas. Seguramente era producto del hechizo y era culpa suya que no hubiera salido bien el antídoto por la noche. Asustada y confundida, sin saber bien qué hacer, le abrió la puerta a sus padres.

—¿Y qué hago? ¡Dime qué hago!

Zack señaló la ventana.

—¡El bosque! ¡Debemos ir al bosque y repetir el hechizo!

Aterrada por lo que iba a hacer, Zoey corrió a la ventana y tiró de ella para abrirla por completo. Estaba tan alto de allí al suelo que llegar sería una misión suicida. Ya había volado en la madrugada y no le apetecía hacerlo de vuelta.

—¡Vamos! —la apuró el conejo—. ¡Salta!

—¡Estás loco!

—¡Confía en mí! ¡Rebotaremos!

Lo miró brevemente a los ojos y, luego, fijó su mirada en la pata que cada vez era más corta. Cerró los ojos y, tan asustada como la vez que lo había visto aparecer en su cuarto, saltó por la ventana.

Rebotó en esa esfera gigante y transparente que Zack podía hacer y cayó en el pasto sentada. Le dolió, pero no tenía tiempo de pensar en eso. Al usar su magia, él ya había perdido gran parte de su brazo.

Se levantó y corrió hacia el bosque tan aprisa como pudo. Nunca había pasado por encima de las cercas del colegio. No eran muy altas, pero nunca se le había ocurrido escalarlas para pasar al bosque.

Nerviosa, ancló los brazos en la verja y se impulsó hacia arriba. Pasó las piernas con una pequeña ayuda de otra esfera transparente del conejo, que la empujó desde abajo, y llegó al otro lado sana y salva.

Corrió en medio de la creciente oscuridad de la tarde. No sabía a dónde iba ni cómo iba a recordar el camino de regreso. El bosque estaba húmedo por la cercanía al río y los árboles y pinos eran tan frondosos que dejó de ver el colegio muy pronto.

—¡Ya! ¡Detente! —ordenó Zack.

Zoey clavó los talones en el suelo y Zack se liberó de su agarre.

—¿Aquí?

—¡Sí! ¡Vamos!

Entonces, miró a su alrededor. Parecía que estaban a kilómetros de distancia, pero no era así; sin embargo, sentía que debían *ir más allá*. Su mirada se perdió entre lo tupido de las ramas y troncos, en dirección noreste. Dio tres pasos hacia allí.

—¡ZOEY! —Zack la llamó con autoridad—. No te muevas —le ordenó.

—¿Qué... qué pasa? —susurró, incapaz de quitar los ojos de aquella nada, que por alguna razón la llamaba casi con tanta fuerza como el chico.

—Aquí está bien —dijo él con seriedad—. Ni te atrevas a ir más lejos.

Con un esfuerzo casi sobrehumano, ella se volteó.

—¿Por qué?

—Te prohíbo que entres al bosque, ¿de acuerdo? Nunca lo hagas, y menos sin mí.

Extrañada, pero pensando que quizás él temía que la atacaran en aquel sitio, asintió y regresó.

—¿Me recuerdas las palabras? —susurró, tratando de adivinar cómo era que iba a tomarlo de las patas si a él ya le faltaba una. Pero Zack no perdió el tiempo: le tendió la pata que estaba sana y comenzó a recitarle las palabras en latín. En cuanto sus dedos tocaron el peluche blanco, más cenizas se desprendieron de aquella extremidad que hasta ese momento había estado intacta.

Él realmente iba a desaparecer si no hacía eso bien. Repitió las palabras sin poder sacar los ojos de su amor platónico deshaciéndose delante de ella. Bien podía estar muerto, pero todavía... ella no estaba lista para dejarlo ir.

Ante la última frase, se produjo la misma explosión de poder. Zoey salió despedida hacia atrás, golpeó contra el tronco de un árbol y cayó boca abajo. Se quedó en esa posición durante segundo, mientras rezaba para que todo hubiese funcionado.

En seguida, unas manos masculinas la voltearon.

—¡Zoey! ¡Zoey! Oh, dime que estás bien. ¿Te duele? —le dijeron los ojos grises y humanos de Zack. Había funcionado. Pero en cuanto él le preguntó si le dolía, se hizo evidente.

Todo le dolía. Le ardían los brazos, las manos, la espalda y le quemaba el pecho, como si le hubieran clavado un hierro caliente—. ¿Ves por qué te dije que esto era peligroso? —replicó él con dulzura—. Ven.

La levantó con cuidado.

—¿No... vas a desaparecer?

Él sonrió.

—No. Esto funcionó. Extrañamente, el dije deshizo el hechizo.





Capítulo 6

—Vamos... —Zack la empujó hacia arriba con ambas manos.

—¡Ay, no! ¡Zackary! Quita tus manos de mi trasero, ¡no puedo subir así!

Él bufó.

—¿Y crees que yo estoy feliz con tus nalgas casi sobre mi cara? —Ella chistó y lo oyó ahogar una risa—. Bueno... sí. ¿Para qué miento? Estoy muy feliz aquí. Lástima que es una situación rara.

Zoey estiró un pie hacia abajo para llegar a patearlo.

—¡Inepto, súbeme de una vez!

De mala gana por la patada, Zack empujó hacia arriba sus manos, que seguían sobre las caderas y el trasero de la chica, y la hizo llegar hasta la ventana del tercer piso. Zoey entró por la ventana abierta, muy feliz de que Jessica no estuviera por ahí y él se metió por detrás de ella.

Justo en ese momento, como si la hubiera llamado con el pensamiento, Jessica abrió la puerta de un golpe. Zack cayó en el suelo con forma de conejo y Zoey se apresuró a ponerse delante de la ventana, como si su amiga pudiera adivinar que

había salido por allí.

—¡Van a volverme loca! —chilló—. ¡Quieren cambiarme de colegio!

Zoey borró la sonrisa boba que había puesto sobre su cara.

—¿Quieren que te vayas?

—¡No voy a ponérselas fácil! —gruñó, meneando la cabeza—. Pero dijeron que podríamos charlarlo —hizo unas comillas con los dedos— si no pasaba nada en los próximos seis meses. ¿No crees que exageran?

Zoey hizo una mueca. ¿Cómo podía ser que sus padres pensaran exactamente de la misma forma que los de Jessica? O la cosa estaba más jodida de lo que podía ver o estaban todos locos.

Pero, a diferencia de Jessica, ella tenía una razón importante por la cual quedarse en el colegio. Si iba a casa pondría a sus padres en peligro también.

—Yo convencí a los míos de quedarme aquí por unos días más.

—¡Qué suerte! Debo irme con ellos ahora. —Jessica sacó su bolso de debajo de la cama y empezó a tirar ropa al azar dentro—. Por unas dos semanas, al menos. ¡Perderé las clases, están locos!

Zoey la observó, tristemente, guardar sus cosas. Tenía un mal presentimiento. Jessica se iba y quién sabía si volvería, pues ella sabía muy bien que algo malo pasaría de vuelta, y sería la que moriría o saldría herida; luego sería alguien más, alguien a su alrededor, quién pagaría las culpas. La muerte de Zack realmente había desatado un bomba de tiempo y el dije estaba arrastrando a un grupo de niños a un cruel destino.

—¿En dos semanas...?

Se acercó a ella y Jess se irguió mientras tiraba del cierre de su maleta.

—No estarás bien sola —gruñó su amiga—. ¿Quién va a apapacharte? —dijo ella, mirándola a los ojos—. Mariska

aprovechará para molestarte...

—No le tengo miedo a Mariska —cuestionó Zoey—. Estaré bien, no te preocupes. Me adapto —añadió echándole un vistazo al conejo blanco en el suelo.

Jessica siguió la línea de su mirada.

—¿De dónde has sacado ese conejo? Lo llevas a todas partes.

—Fue un regalo. Él me hará compañía. —Y trató de sonreír. «¡Sí, vaya compañía!».

Con un ademán cansado, Jess suspiró.

—Bien —volvió a gruñir—, me largo a mi estúpida casa con mis estúpidos padres. —Le dio un corto abrazo y tiró de sus cosas hacia la puerta.

Zack, del otro lado del cuarto, se irguió despacio. Observó cómo Jessica tomaba sus cosas y de mal humor, se despedía antes de marcharse. En cuanto cerró la puerta, tomó forma humana. Miró a Zoey con los ojos brillantes.

Zoey no vio su rostro y suspiró desganada. Caminó hasta la ventana, ignorando a Zack, y la cerró con un golpe.

—Al fin solos... —susurró, y una sonrisa traviesa apareció en su bello rostro. Zoey dirigió su mirada hacia su cara y abrió grande los ojos. Su expresión le decía que él estaba a punto de hacer comentarios raros—. Sácate la ropa.

—¿Qué? —chilló. Empujó a Zack antes de que él la tocara, pero no llegó mucho más lejos. La atrapó y la puso con cuidado contra la pared.

—No seas quejosa —le advirtió, blandiendo el dedo índice, retándola—, debo revisar tus daños.

—¿Que daños? —replicó ella con un tono agudo. *Tenía que estar bromeando...* Pero allí recordó lo mucho que le dolía el cuerpo.

Zack sujetó rápidamente su brazo, le subió la manga del suéter gris y le mostró el corte largo y fino que tenía en él.

«Oh, vaya».

—Estás herida, y por eso —recuperó la sonrisa triunfante—, debes desnudarte.

Manteniendo la tranquilidad tanto como podía, ella frunció el ceño.

—No voy a desnudarme así como así, ¡muévete!

—¿Ah, sí? —susurro él, aferrándole ambas muñecas y poniéndolas contra la pared a la altura de su cabeza. Sus cuerpos quedaron tan pegados que Zoey comenzó a hiperventilar—. ¿Y quién va a curar tus heridas, eh?

«Mátenme», suplicó. Era mejor que estar así, tan cerca de él, provocándola de esa manera.

—Yo lo haré por mí misma —dijo sin mucha convicción.

—No, tú no puedes curar las de tu espalda —sonrió Zack, saboreando la victoria.

La alzó con una mano y antes de que llegara a protestar, él la acostó boca abajo en la cama. Todavía antes de que ella pudiera gatear para huir, se sentó sobre su cintura.

—¿Zack? Oye, ¡me aplastas!

Él nunca borró la sonrisa de su rostro.

—Bien... —se recostó con cuidado sobre ella—. Hoy seré tu enfermero.

—¡Tienes que estar malditamente bromeando!

Pero si estaba solo jugando o no, no podía chequearlo. Él comenzó a tirar de las prendas de Zoey, hasta sacárselas una por una. El suéter gris y la camiseta de manga corta cayeron a un lado de la cama.

Tarareando, llevó sus dedos al broche del corpiño en su espalda y allí ella le gruñó y lo amenazó, pero él fingió totalmente que no la escuchaba.

—¡Quítate ahora o voy a golpearte hasta que desees realmente estar recostado en paz en tu tumba!

—Ya, no grites —musitó él, poniendo la punta de los dedos en su piel—. La gente creerá que estás loca. —Miró de cerca los cientos de pequeños cortes en su piel y guardó silencio hasta que ella se calmó.

—¿Ya está? Me aplastas.

Él chistó.

—¿Aplastarte? —Se estiró nuevamente sobre ella, con cuidado—. Ni siquiera te estoy tocando con las piernas, Zo. Y además esto es más importante que gritar como una trastornada.

—¡No! ¿Qué? Aguarda, ¿qué cosa? —balbuceó, cuando él le puso una mano en la cintura.

—¡Hora de darse vuelta! —Palmeó el chico, como si estuviera en un cumpleaños y él fuera el animador que anunciaba la hora de cortar el pastel.

—¿QUÉ? —Zoey se aferró a su sostén y se aovilló lo más que pudo—. ¡Te juro que voy a matarte!

—Oye, no estoy bromeando. ¿Tienes idea de la cantidad de cortes que tienes aquí? —Insistió él, señalando uno por uno todas las heridas de su piel—. Son varios cortes. Hay algunos más jodidos que otros, en verdad.

—No te creo —gruñó ella, girando la cabeza contra la almohada—. Estás intentando aprovecharte de mí.

—Nooo, ¿cómo crees? Debo ver el resto de las heridas, debo curarlas —canturreó.

—Deja de repetir eso.

—¿Estás segura? Estaré muerto pero aún soy muy hábil con las manos. —Zack volvió a inclinarse sobre ella, para hablarle al oído.

Zoey apretó los labios en una gruesa línea, mientras intentaba aspirar aire por la nariz. Estaba casi desnuda y él estaba sobre ella, susurrándole al oído, *rozándole la piel con esos labios...* Algunas fantasías afloraron por su mente.

El grito que salió de su boca esta vez tomó por desprevenido a Zack, que se alejó de ella preocupado ante el dolor que expresaba en sus notas. Zoey se giró sobre la cama, apretándose la piel de su pecho y con el corpiño casi suelto. Se bajó y se aovilló en el suelo, jadeando. El dije colgaba justo por encima de sus manos.

En un segundo, él estuvo sobre ella, asustado y deseando saber qué la lastimaba. Logró sacarle las manos y vio un pequeño círculo sobre su piel. Tenía la forma exacta del dije quemada en su tez.

—Mierda... —gruñó—. Ven, Zoey, ven. —Tiró de sus manos para levantarla del suelo. Ella no se movió durante unos segundos, bastante afectada.

Al final, logró levantarla y llevarla directo al baño. Abrió la canilla de agua fría de la pileta de manos y se encargó de humedecer la quemadura. Zoey lloriqueó, no por el agua fría que corría hacia su abdomen, sino por la herida y lo que esta le ardía

—¿Te duele mucho? —le preguntó él desde atrás.

Con esfuerzo, ella se limpió las lágrimas del rostro.

—Sí —gimió, y miró su reflejo en el espejo. Zack tenía las dos manos mojadas encima de donde empezaban sus pechos, allí en el comienzo de su corpiño. Volvió la vergüenza, pero él no dejó que eso los detuviera. La volteó y sacó las manos con cuidado para ver la quemadura.

—Esto te acaba de quemar ahora... —murmuró, acercándose, tal vez demasiado, a ella. Zoey quiso irse para atrás, pero él la sujetó—, pero hay otra quemadura abajo. También debe de haberse hecho con el contra hechizo. ¿Recuerdas que te doliera antes? —La miró a los ojos.

Zoey no respondió y se limitó a mirarlo conteniendo el aire, con la cara de nuevo muy roja. Zack la miró expectante y entonces, entendió el por qué de su sonrojo. Automáticamente recuperó la sonrisa perfecta y pervertida.

—Oh... ¿te molesta que esté a nada de verte desnuda?
—dijo con tono inocente, pero sus ojos grises y profundos mostraban diversión.

Tan roja como estaba, ella tembló.

—Sí, sí recuerdo que me haya dolido antes en el bosque
—contestó a su anterior pregunta.

Zack se irguió.

—¿Sabes qué va a ser lo mejor? —preguntó con tono soñador y dulce. Zoey no respondió y trató de retroceder, pero justo detrás estaba la pileta del baño—. Que te des un buen baño.

Ella negó.

—¡No, alto ahí! —Extendió una mano hacia su pecho y lo detuvo a medio camino—. No es buena idea, menos mientras estés dentro del baño.

—Yo creo que sí —dijo él—. El agua fría te ayudará con la quemadura y limpiará las demás heridas. Deberías quitarte los pantalones.

Zoey frunció el ceño y lo empujó para intentar huir, pero el chico la sujetó de la cintura, la alzó y caminó a la ducha con paso resuelto.

—¡No quiero bañarme, cabeza hueca! —Lo golpeó en la cabeza y eso fue suficiente como para que Zack se detuviera, contrariado por el golpe. Si bien no le había dolido, estaba bastante desconcertado por la fuerza que había usado.

Entonces, la quemadura en el pecho volvió a arderle con fuerza. Gritó otra vez y se removió inquieta en sus brazos, desesperada por alejarse. Zack la atajó antes de que cayera al suelo; cuando él la aferró nuevamente, el ardor fue peor.

Contrariada por el dolor, Zoey se liberó de su agarre y se precipitó hacia la salida. No se preocupó por nada; llegó al cuarto y se dejó caer en la cama, apartando el dije de su pecho, que quemaba como el vidrio líquido.

—¿Otra vez? —gritó Zack, corriendo hasta ella. Intentó sentarla en la cama, pero otra vez ante el tacto, el dolor aumentó. Zoey volvió a apartarlo con las manos.

—¡No, déjame, me duele! ¡Me duele! —lloró, corriendo hasta la cama de Jessica—. No me toques.

—¿Cómo que no te toque? —Él jaló las sábanas de la cama y quiso envolverla en ellas, pero Zoey volvió a gatear para alejarse de él.

—¡Me duele más cuando me tocas!

Se paró en seco, con la tela en las manos.

—¿Cuándo te toco? —inquirió incrédulo—. ¿Te quema cuando te toco?

Zoey se pegó a la puerta de entrada, todavía apartando el dije con sus manos.

—¡Me tocaste y me dolió más! —Se cubrió con el brazo libre el corpiño con moños, mientras Zack se acercaba con cautela.

—No tiene sentido.

—¿Qué más da si tiene sentido? —chilló, mirando la quemadura en su pecho. La carne ya estaba demasiado magullada.

Por más que deseaba mirar bien la herida, Zack no la tocó. Se retiró hacia atrás y fue hasta el baño. Regresó al segundo con unas vendas del botiquín de primeros auxilios.

—No te muevas —dijo, mientras preparaba una gasa, untándola con agua oxigenada—. Vamos a desinfectar esto. Creo que es una quemadura de primer grado. Si te sigue quemando se volverá en una de segundo grado y tendremos que llevarte al sanatorio. Realmente no queremos eso.

Zoey hizo una mueca.

—Me va a doler.

Él le respondió con otra mueca.

—No queda otra —admitió, serio. Con esfuerzo, ella sujetó el collar y se preparó para la posibilidad de que pudiera tocarla otra vez—. Te pasaré esto por la quemadura... sin tocarte —agregó.

Se miraron con algo de miedo y él, con mucho cuidado, estiró la mano para pasarle la gasa por la quemadura.

Le ardió casi tanto como la quemazón en sí, pero sabía que debía aguantarlo. Se mordió los labios y clavó las uñas en su propia piel.

Zack trató de hacerlo rápido, sin exponerla a su toque. Así, quitó la gasa después de limpiar con eficacia.

Entonces sí era eso. *Piel con piel* y el dije la lastimaba.

—¿Y ahora? —gimió, con lágrimas en los ojos.

—Iré volando a buscarte una crema antiinflamatoria.

Y eso hizo. Saltó por la ventana después de abrirla y la dejó completamente sola.

Aspirando el aire frío que se colaba por la abertura y le refrescaba la herida, Zoey tuvo la inmensa curiosidad de probar si el collar le seguía quemando. Despacio, lo dejó tocar su piel un leve segundo en un sitio bien sano. Nada. El dije estaba tan helado como en cualquier otro momento.

Miró el collar tan confundida que su rostro lo hizo notorio.

Zack tenía razón. *Aquello no tenía sentido.*



—Esto está de lujo —gruñó Zackary desde su mochila, mientras ella avanzaba por la vacía fila de la cafetería.

—¿A qué te refieres? —dijo la chica entre dientes.

—A que ya estoy bastante frustrado con esto de estar muerto como para no poder tocarte ni por casualidad —dijo como si fuera obvio—. Es raro no poder darle ni la mano a alguien.

Zoey cerró los ojos con fuerza. Intentaba comprenderlo, pero no era fácil. Además, temía que esa idea de tocarla se desviara a uno de sus comentarios traviosos y hasta indecentes.

La verdad es que era un chico bastante suelto de manos.

Se sirvió comida en la bandeja azul y se alejó de las cocinas para ir a buscar una mesa apartada. Zack siguió despoticando

do, por lo que ella se distrajo y se fijó en la mochila. Estaba a punto de cerrar del todo el cierre cuando alguien tropezó con ella, haciéndole perder el equilibrio y que gran parte de la comida de su comida cayera directo al suelo.

—Oh, lo siento —le dijo una voz grave.

Estuvo a punto de insultar tanto como podía. Le tiraba el almuerzo y solo le decía: «¿*Lo siento?*». Fijó los ojos en el muchacho. Era Adam Smith.

Se le atoró la lengua. Él se veía muy malo y agresivo. Guapo, pero indiferente y calculador.

—¡Fíjate por dónde vas! Me has tirado todo —dijo ella, con mucho menos ira de la que quería en realidad.

—No todo —respondió Adam viendo lo que quedaba en su bandeja.

Las mejillas de Zoey se tiñeron.

—Deberías reintegrármelo —dijo con los labios apretados.

Adam la miró seriamente y, entonces, sus facciones se suavizaron.

—Sí, tienes razón, lo lamento. Pero qué quieres que haga, ¿qué te pague? —Sacó de su bolsillo un billete de veinte y lo blandió delante de su cara. Zoey frunció el ceño y negó. Ella se refería a que le buscara más comida. Adam guardó el billete y suspiró—. Perdona mi actitud, han sido malos días. —Sonrió tristemente—. Adiós.

Zoey volvió a la fila entonces, mirando de reojo a Adam, que salía del comedor. Se sirvió de nuevo lo que había perdido y buscó una mesa.

En cuanto se sentó, Zack sacó la cabeza de conejo de la mochila.

—Imagino que está mal —susurró ella, tomando los tenedores.

—¡Mal! —exclamó el chico—. No sé. Hay algo raro en Adam.

Zoey bajó la mirada hasta él.

—¿De qué hablas?

—No quiero que te acerques a Adam Smith —gruñó el conejo de mala gana, logrando que lo mirara con las cejas arqueadas, confundida por demás—. No confió en él.

La chica frunció el ceño.

—No creerás que él...

—Sí, lo creo.

Zack se cruzó de brazos y miró la puerta, aquel lugar por donde había salido su supuesto *amigo*.



Capítulo 7

Zack salió a hurtadillas del cuarto. Zoey dormía profundamente. No era necesario que ella se enterara de que la había dejado sola. Sabiendo bien qué hacer a pesar de que nunca lo había hecho, creó un escucho alrededor de su cama antes de salir.

Allí estaría a salvo por unos cuantos minutos.

Corrió y saltó por los pasillos para llegar al ala norte de las habitaciones, allí en donde dormían Mariska y Adam. Llegó primero al cuarto de la chica, que no estaba cerrado con llave en verdad. Mariska y su compañera de cuarto dormían de forma tranquila.

Si quería encontrar algo, debía ser muy silencioso.

Caminó por la habitación. Había ropa tirada por todos lados. No sabía realmente qué estaba buscando en su cuarto, pero la conversación del otro día había sido demasiado seria como para ignorarla.

Brincó al escritorio que estaba lleno de papeles y los revolvió. Al minuto, decidió que aquello no tenía caso. La siguiente habitación prometía traer más suerte.

Adam dormía junto al cuarto que había sido suyo y Zack agradecía que los padres de Franco se hubieran llevado al

chico después de su muerte, porque ahora él estaba solo. La puerta esta vez sí estaba cerrada, pero podía abrirla sin hacer ruido alguno. Apuntó con su pata a la cerradura y esta se abrió tan silenciosamente que nadie podría haberse dado cuenta de no estar viéndola. Entró al cuarto muy despacio, pero notó enseguida que no había nadie en la cama. La pieza estaba vacía.

Primero pensó que era una gran ventaja, podría revolver todo lo que quisiera y buscar algún indicio de lo que Mariska había insinuado en torno a él. Su muerte era demasiado importante y no quería dejarla impune. Si alguien sabía algo, él lo averiguaría.

Caminó sobre sus patas traseras, recorriendo con los ojos el lugar. Todo estaba excesivamente ordenado para ser la habitación de un hombre, pero sabía que Adam era una persona muy perfeccionista. Tenía que tener cuidado al rebuscar, porque no podía dejar nada desacomodado.

A pesar de que no había pruebas en contra del muchacho que había sido su compañero, tenía el leve presentimiento de que allí había algo fuera de lugar, de que Adam realmente sabía algo. ¡Y para que Mariska lo hubiese notado! Realmente, allí había algo.

Dio un paso más y pisó un papelito cuadrado de color amarillo. El papel tenía pegamento; era de esos que se desprenden de un taco y se pegan en ciertos lugares como recordatorios. Se quedó adherido a su pata en cuanto la levantó. Era un *post-it*.

Desprendió el mismo y casi se le cae el mundo a los pies. El papel tenía tres simples palabras escritas, pero tres que le helaban la sangre y le gritaban que él no debería estar allí, sino del otro lado del colegio.

El papel decía: «*Zoey C. Scott*»

Zoey.

Corrió tan rápido como pudo, recorriendo los pasillos a una velocidad casi supersónica. Sabía que él había ido por ella. Si

no, ¿cómo es que no estaba en su cuarto y que tenía un papel con su nombre? No podía pensar en otra cosa

Atravesó el ala norte en menos de un minuto y se lanzó, literalmente, sobre la puerta de Zoey. Ella seguía durmiendo y, por suerte, sola. Adam no estaba allí.

Entonces... ¿dónde?

El cuerpo le temblaba. Había algo en torno a ese chico que lo alarmaba. De pronto ciertas actitudes que había notado en vida le resultaban más que extrañas y atemorizantes en la muerte.

No tenía tiempo para pensar o para sentarse con tranquilidad a esperar que algo sucediera. Se transformó en humano, encendió la luz y llamó a la chica con voz estridente. Zoey saltó hasta el techo, muy asustada. Sus ojos azules se mostraron aterrados.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—¡Levántate ahora mismo y ponte algo! Nos vamos.

La chica lo miró con la boca abierta.

—Disculpa, ¿qué?

—¡AHORA!

Zack no perdió tiempo, la alzó de la cama y la dejó en el suelo. Rebuscó, entre las cosas que había en la litera de Jessica, un sacón para que se pusiera encima del pijama.

—Zackary... ¿qué pasa? Me estás asustando.

—Adam —dijo él— tenía esto en su cuarto —gruñó sacando el papelito amarillo—. ¿Por qué diablos tendría tu nombre escrito en un papel?

Ella leyó su nombre y si bien se conmovió un poco, intentó que no se notara.

—Oh, vamos... no sé, pero tampoco es para tanto.

—Sí lo es, su cuarto estaba vacío. ¡Creí que había venido por ti!

—Pero él no está aquí —le recordó.

Ignorándola, Zackary le pasó el sacón por encima de los hombros y le alcanzó unas botitas cortas.

—¿Y si está viniendo?

Zoey tomó las botas pero no se las puso.

—¿Me quieres decir exactamente qué es lo que estás pensando?

Él la miró bien serio.

—¿Quieres que te lo diga? Bien, creo que Adam sabe algo de mi muerte.

Con la boca abierta, ella negó.

—Zack, ya hemos hablado de esto.

—Sí, yo ya te lo dije. ¡Y en este momento estoy completamente convencido de eso!

—Estás loco. No vamos a salir de aquí. No vas a sacarme de la escuela.

—No solo te voy a sacar del colegio, te voy a sacar del pueblo, del estado y, si es posible, del país.

Zoey se quedó en donde estaba, viendo cómo le sacaba las botas de la mano y se agachaba para ponérselas él mismo. Estaba bromeando, ¿no es cierto?

Pero cuando él la alzó por la cintura y abandonó, con ella a cuestas, el cuarto, supo que sí hablaba en serio. Le gritó y lo golpeó con los puños. ¡No podía abandonar el país! Había cosas más serias que tratar antes de hacer alguna tontería como esa... ¡Y sobre todo por una simple sospecha!

Zack la calló, recordándole en susurros que el resto de sus compañeros dormían.

—¡Bájame entonces! ¿Estás loco?

—¡Claro que no! Solo salvo tu vida, ¿no lo entiendes?

—Esto de Adam es una idiotez. ¡Déjame!

Pero él continuó corriendo por los pasillos del colegio hasta las escaleras y, por más que Zoey exigió su liberación,

Zackary se mostró más bien concentrado en saltar escalones que en saber qué era lo que le decía. También ignoró que la estaba tocando y que ella no estaba resultando herida. Ella también lo olvidó por completo.

Cuando terminaron de bajar las escaleras del segundo piso, Zoey miró por la ventana y notó algo que se movía en dirección al bosque.

—¡ESPERA! Mira, ¡es ADAM! ¿Lo ves? —Señaló a través del cristal—. No fue por mí —canturreó feliz de la vida y miró a Zack, esperando verlo aliviado.

Fue todo lo contrario. Él estaba tan pálido como si tuviera sangre en su cuerpo y hubiera visto un fantasma. Su semblante se encontraba rígido como una tabla y sus ojos mostraban una mezcla entre rencor y miedo. Entonces, se echó a correr más rápido.

—¿Qué haces? ¿Por qué no volvemos?

—¿No te das cuenta? —bramó Zack, llegando a las aulas del primer piso—. Él está aliado con alguien, con alguien que quiere el dije, Zoey. ¡Quiere matarte a ti también!

—¡Oh, no! —susurró ella—. ¿A mí también? Él no pudo haberte matado a ti, ¡tiene diecisiete años!

—¿Qué tiene que ver la edad? Estoy seguro, alguien más lo planeó, pero Adam lo hizo —gruñó, brincando el último tramo de escaleras.

—¡Por favor! —soltó ella, queriendo hacerlo entrar en razón. Simplemente aquello no tenía sentido. ¿Por qué? ¿Solo porque habían visto a Adam entrar en el bosque? No, ni eso. Solo lo habían visto marchar hacia él.

Desde las ventanas del primer piso, Zack saltó hacia afuera.

—¡Qué idiota soy! Me puse nervioso y no hice esto antes —gruñó, aterrizando en el suelo.

Se largó a correr, ignorando nuevamente las palabras de Zoey, hacia el puente de la escuela que cruzaba el río. Las

grandes rejas negras estaban bien cerradas por un candado, tan enorme que era imposible abrirlo sin su llave. Pero no iba a perder tiempo en abrirla, ni siquiera en usar su magia para silenciar a tal bestia metálica. Simplemente, con agilidad y con una sola mano, trepó y se dejó caer del otro lado. A ella se le escaparon varios gritos de pánico y vértigo.

—¡No puedo dejar que nos larguemos de aquí, Zack! —Insistió la chica. Él chistó y comenzó a correr, justo cuando una voz extraña y masculina hacía su aparición.

—Yo tampoco, querida. Yo tampoco.

Los adolescentes levantaron la vista. En medio del puente, cerrándoles el paso, estaba un hombre rubio de cabello largo y barba poblada. Se vestía como si viniera de una guerra, pero no era su aspecto lo que más llamaba la atención, sino la ballesta que tenía en su espalda y las flechas idénticas a la que había hechizado a Zack, colgando de un bolso en su brazo.

Sí, aquel tipo era el enemigo oculto que les había complicado la existencia.

—Entrégame el dije... *Zackary Collins*.



Capítulo 8

Zack la soltó y la empujó detrás de su espalda.

—No —respondió firmemente.

El hombre tomó una de sus flechas.

—Todas estas, como la anterior, están encantadas, Collins, y si no me entregas el dije, anulará tus poderes. He trabajado en embrujos cada vez más potentes, uno de estos podría destruir ese cuerpo que tienes ahora con solo tocarte.

Zack resopló.

—Eso es solo si puedes tocarme —lo desafió.

El tipo ignoró el comentario y clavó los ojos en Zoey.

—Ya me está resultado extraño que incluyas a la niña en el problema, Collins. Pero puede ser una ventaja. —Sonrió y, en vez de apuntar al chico, apuntó con la flecha justo al corazón de la muchacha. Viéndolo de antemano, Zackary tomó a Zoey de las axilas y la corrió del camino antes de que la partiera en dos.

En menos de un segundo, otras tres flechas volaron hacia ellos como rayos. Zackary contuvo los nervios; estaban acorralados contra la reja del colegio y no tenía donde meter a su

protegida para salvarla. Así que tomó una decisión desesperada: saltó a las rejas altas del puente con ella en brazos y la miró con un gesto de disculpa.

—¡Lo siento! —dijo y la lanzó al río que apenas se deslizaba en silencio.

Zoey chilló como una loca. El agua helada la cubrió por completo y solo tuvo tiempo de dar una bocanada de aire antes de sumergirse. No pudo evitar tragar líquido, pero luchó con el oleaje nocturno para salir a flote. Insultó a Zack en su mente por su estúpida idea, pero tuvo que admitir que había sido, dentro de todo, una buena estrategia. Ahora estaba fuera del alcance del atacante. En medio de la oscuridad, era difícil que consiguiera apuntarle y acertarle.

Apenas estuvo segura de que el agua no se la llevaría, buscó a Zackary con la mirada. Él saltaba por todo el puente y corría por las altas barandas, esquivando las flechas y tratando de acercarse al hombre. Era complicadísimo, porque el tipo era muy rápido; cargaba la ballesta a una velocidad impresionante. Pero, y era un buen punto para ellos, Zack era todavía más veloz y pronto se volvió una imagen borrosa que no pudo seguir.

Preocupada, entonces, por él, por las flechas y a la vez por el río, pues temía que su mala suerte empeorara allí, nadó hasta la orilla, del lado del colegio, donde había medio metro de tierra de altura desde el agua hasta la ribera. Una pequeña complicación. Una vez que llegó, tuvo que luchar para subir. Estaba muy alto y el río en esa época del año estaba muy crecido. Aunque sus pies tocaban el suelo en esa parte, el agua le llegaba por la cintura. Usó sus manos para impulsarse, pero la tierra se deshacía bajo ellas. Suspirando y titiritando de frío, siguió tratando.

En un momento de gloria, logró poner los antebrazos y el pecho sobre la tierra y clavar las botas llenas de agua en el lodo en la ribera. Trepó hasta terminar más embarrada y más sucia de lo que ya estaba por los sedimentos de la correntada.

Dejó caer su cuerpo sobre suelo firme y se quedó allí durante unos segundos para recomponerse, tratando de ignorar los gritos de la pelea de Zack y del tipo. Con solo eso ya estaba destruida. Tal vez resultaba que no era tan buena en deportes como creía.

Levantó la cabeza para ver qué tal estaba Zackary, una vez que recuperó un poco el aire y comenzaba a sentir el frío pegándose a su piel, justo cuando él se reía tranquilamente del hombre.

—¡Vamos, puedes hacer algo mejor que eso! —Lo instó el muchacho, trepado a las rejas del puente.

Aliviada solo un poco, Zoey se levantó despacio, mirando el oscuro bosque que tenía por delante. Primero sintió algo de miedo, pues se veía tétrico en la noche, pero al segundo, algo en su interior le recordó aquel sitio que la había llamado, como si hubiera escuchado su propio nombre siendo gritado por los árboles.

Zack le había dicho que no fuera, pero él estaba muy ocupado en ese momento. El enemigo también estaba ocupado. *El problema era que Zoey había olvidado que había más de un enemigo.*

Se metió por entre los árboles juntos, como si hubiese olvidado todo tipo de lógica y conciencia, sorteando ramas caídas y troncos bajos. Mientras más se adentraba, más oscuro se volvía.

Avanzó diestro y directo por lo menos durante cinco minutos, sin saber cuánto se había alejado de Zack y del colegio. Ya no tenía miedo y eso facilitaba su andar. Simplemente no esperaba encontrarse nada allí, simplemente tenía la mente en blanco. Supo que se estaba acercando al sitio en cuestión porque una puntada extraña de placer se lo dijo y solo a eso ella le prestó atención.

De pronto, escuchó pasos a su espalda, despertándola de cualquier tipo de aletargo. Se volteó, asustadísima, solo para encontrarse el rostro estupefacto de Adam Smith a tres metros

de ella. Él la reconoció de inmediato y se miraron a la cara, recelosos, durante unos segundos.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó con la voz fría e inexpressiva, como él solía hacerlo, pero por su expresión estaba claro que no le resbalaba ni un poquitito.

Zoey frunció el ceño.

—¿Qué haces *tú* aquí? —cuestionó. Él realmente había ido al bosque, al final. ¿Zack tendría razón? Tal vez solo había ido a fumar algo.

Adam la miró, serio, durante aproximadamente un minuto; un minuto en el que ninguno se movió. Entonces, dio un paso hacia ella.

Aquello activó su alarma. Pensando otra vez en las acusaciones de Zack y en que en verdad *sí* era extraño que Adam deambulara por el bosque a esa hora, se giró y se echó a correr. Sin embargo, para su infinita desgracia, él la siguió.

Se maldijo por no haberse quedado en la orilla del río. Ahora estaba lejos de su protector, siendo perseguida por su presunto asesino. Así terminaría ella también, claro. Rezó por no caerse con las ramas y raíces y, justo cuando lo pensaba, Adam tropezó y le dio un margen de ventaja superior.

Corrió con todas sus fuerzas y pronto lo dejó atrás. En seguida, ante sus ojos, como si hubiera emergido de la nada de entre los árboles, se encontró con un enorme edificio, alto y circular. Se notaba que era una construcción colonial, como otros del pueblo. Estaba viejo, descascarado; la pintura blanca y amarilla se despegaba.

En su corazón volvió la sensación placentera. Esa sensación que tiene uno *cuando llega a casa*.

Estaba muy segura de que aquel sitio era el que Zack le había prohibido y mirando a su pecho, al dije por debajo de la ropa, también estuvo segura de que este la había guiado. Algo pasaba en ese lugar, tanto así que no fue consciente del impulso que se anudó en su corazón: el impulso de entrar. Dio un

paso hacia adelante cuando una persona desconocida apareció en su campo visual.

El hombre de cabello oscuro, de unos treinta años edad, salió del edificio con paso relajado, mirándola fijamente. Sabiendo que aquello se había ido de control, Zoey retrocedió con la intención de huir, pero Adam surgió por entre los árboles y no le quedó otra que detenerse. Estaba cercada.

—Una niña del colegio —sonrió el hombre—. ¿Qué haces fuera de la cama, linda?

Zoey no respondió. Sus ojos recorrían el bosque, sin dejar de vigilarlos para aprovechar el momento justo para escapar. El hombre la recorrió de arriba abajo con una mirada inquisitiva.

—Es extraño. Los niños no suelen llegar aquí *solos*. —Estrechó los ojos y Zoey tragó saliva—. Tú... tienes el dije. —Ella se quedó callada otra vez y él vio el miedo en sus ojos—. Sí... —Sonrió una vez más, encantado de la vida, con un placer en su voz que a Zoey le heló la sangre. Despacio y sin borrar su sonrisa, sacó un cuchillo largo y ancho de su espalda. Un machete filoso y fuerte.

Esa fue la segunda alarma en la noche que disparó su salida. Se echó a correr nuevamente, ignorando que Adam pudiera atraparla por atrás. No sabía por dónde iba, pero no prestó atención a los gritos de los dos hombres que iban tras ella y suplicó mentalmente que Zack apareciera a rescatarla. Si la atrapaban, iban a matarla.

Pero, a pesar de que antes había tenido algo de suerte escapando de Adam, esta vez todo falló: tropezó con una raíz que no había visto por la intensa oscuridad. En seguida, el cuchillo asesino se clavó en la tierra cerca de su cabeza. Gritó, aterrada, y gateó por el piso como pudo, rodando para esquivar las cuchilladas. El hombre la tomó de un pie y jaló de ella hacia atrás, girándola.

Zoey quedó boca arriba, viendo de primera mano cómo bajaba el metal filoso hacia su pecho. En vez de llorar y cerrar

los ojos para evitar ver el momento, tuvo un arranque de valentía. Levantó el pie y pateó a su captor en la entrepierna. El tipo soltó el cuchillo y ella giró a tiempo lejos de su trayectoria: un milagro que luego no creería. De alguna forma lo había herido momentáneamente y se había salvado por los pelos, pero en ese momento alguien más la tomó de un brazo con una fuerza impresionante y Zoey chilló al ver a Adam tirando de su cuerpo.

¡Bien, todo eso era genial! Escapaba de uno para que la agarrara el otro. Pero Adam la sujetó de la cintura, la alzó y corrió por el bosque en una nueva dirección. Trató de golpearlo, mientras gritaba pidiendo ayuda. No se atrevió a decir el nombre de Zack, solo se limitó a pedir auxilio.

—¡No grites! —la amenazó Adam, de mal humor.

—¡OLVÍDALO! ¡Déjame ir!

—¡Scott! ¡Cierra la boca o va a encontrarnos!

—¿De qué hablas? —preguntó, de pronto, sin entender nada. Adam la soltó y ella cayó al suelo de boca al piso—. ¡OYE!

Él se apresuró a sujetarla del brazo; la ayudó a levantarse bruscamente.

—¡Escúchame bien! —casi le gritó—. Mira mi dedo —le ordenó, señalando una dirección en la bosque—. Corre y llegarás al colegio; no pares por nada, Scott. Una vez que entres en el colegio nadie podrá tocarte, ¿entiendes? No pueden entrar en el edificio, hay un escudo que le impide a cualquier persona con magia entrar a él.

Confundida y sorprendida, Zoey asintió, mirándolo como una tarada. Realmente él la estaba ayudando. ¿O no?

—¿Es en serio? ¿En el colegio qué?

—¡Claro que sí, boba! —La retó—. No hay tiempo para explicar. Ya no seas idiota, ¡y corre! ¿O quieres morir?

—¡No!

—¡Entonces corre!

Zoey asintió y, sin mirarlo como despedida, corrió en la dirección que le había indicado, preguntándose qué diablos estaba ocurriendo con ese chico. No sabía si era de los buenos o de los malos aún, pero no tenía otra. ¿Prefería quedarse sentada esperando los cuchillazos? No, para nada.

Y ya que lo veíamos así, él la había alejado del asesino en primer lugar.

Se tropezó otras veces, pero solo por mirar hacia atrás. Nadie iba tras ella y no podía escuchar ni pasos ni nada más que su respiración agitada. Justo cuando estaba pensando en si había valido la pena confiar en él, los árboles se abrieron para dejarla salir al aire fresco de la noche en los jardines del colegio. Adam tenía razón, había llegado.

Se trepó a la medianera, un pequeño esfuerzo más entre los que ya había realizado en toda la noche, y corrió hacia el edificio, recordando que no tenía forma de entrar sin Zack.

¿Dónde estaba él ahora?

Se giró hacia el puente, en su búsqueda, pero al llegar todo seguía intacto, como si allí no hubiera pasado nada. Zack no estaba; el tipo tampoco.

Tuvo miedo. *¿Dónde estaba?*

Corrió por los alrededores del colegio tratando de ubicarlo. Tal vez la pelea se había trasladado al pueblo.

Ahí sí que no podía hacer nada. No tenía forma de saber en qué sitio se encontraba y menos de alcanzarlo del otro lado del puente si es que por allí se hallaba. Volvió a las rejas y las miró con el ceño fruncido, convenciéndose de que era imposible para ella escalarlas. Mojada como estaba, solo quería regresar adentro y darse una buena ducha. Pero sin Zack...

Dio un paso atrás y su bota embarrada patinó con la baldosa de uno de los escalones. Se fue de culo al piso, rodando incluso por el suelo. Gimió y lloró, tratando de no hacer un

espectáculo que llamara la atención. Apretó los dientes y cerró los ojos, conteniendo las lágrimas.

Entonces, unas manos grandes y rudas la alzaron del piso sin consideración alguna y a Zoey se le puso la piel de la gallina. El estómago se le contrajo siquiera antes de abrir los ojos. No sabía cuál de los malos la había atrapado, pero daba igual: estaba en problemas.

El tipo la paró, la apretó contra su pecho y puso una navaja corta en su cuello blanco.

—¡SAL DE AHÍ, COLLINS! ¡O mato a tu chica! —Entonces se trataba del rubio con las flechas.

Gimiendo de dolor, abrió los ojos solo para ver a Zack salir del bosque, con una expresión mortífera.

—Suéltala —gruño él, brincando como si nada por encima de la medianera.

—Dame el dije y lo haré —masculló el tipo, clavando la punta del cuchillo en la piel de Zoey.

Ya había pensado ella que el tipo no era muy inteligente. Ni siquiera en ese momento era capaz de dilucidar no solo que Zack no tenía más el dije, sino que la portadora era ella. ¿Pero eso valía en ese momento? La verdad es que no. La navaja podía rebanarla de igual modo y sentía muy bien el dolor en esa punta contra su piel.

A Zack le cambió la expresión cuando la vio quejarse.

—Bien —respondió de mala gana. Caminó despacio hasta el hombre, que se retiró hacia atrás.

—¡Ningún truco, muchacho, o realmente le cortaré la garganta!

Él alzó ambas manos para demostrarle que se rendía, lo que pareció convencer al enemigo. Sin más, siguió avanzando hacia ellos y, de pronto, cuando estuvo cerca, metió una mano en la parte trasera de sus pantalones y sacó una de las propias flechas del hombre. Saltó dos metros y con una puntería exacta, clavó la madera en medio de su frente.

Zoey chilló cuando el cuchillo se deslizó por su cuello sin hacerle daño. El hombre cayó a su lado con un golpe seco y ella perdió todo el equilibrio sin nadie que la sostuviera.

—¡Zoey!

Zack se apresuró a tenderle los brazos y ella se quejó.

—Me caí —le explicó, trastabillando para alejarse del cadáver. No quería ver a un muerto otra vez, no quería ver la sangre—. Muchas veces... Siento que me rompí algo —balbuceó, concentrándose en sus ojos.

Él le limpió las lágrimas de la cara.

—Ya está, tranquila, te llevaré al cuarto. Vamos.

—¿Ya no vamos a huir?

—Este está muerto, así que no por ahora —respondió el chico, alzándola en sus brazos con cuidado.

—¿Qué harás con él? —preguntó ella, mientras se marchaban directo a la habitación.

—En cuanto te deje segura en la cama, me lo llevaré de aquí.

Fácilmente, él saltó los tres pisos, abrió la ventana con una sola mano y se metió dentro. Apenas la dejó en el suelo, Zoey se quitó la campera llena de lodo, las botas y las medias mojadas.

—Parece que te diste una corrida por el bosque —dijo él, serio todavía después de lo que había hecho hacía dos minutos. Su mirada estaba algo turbia, pero ella no fue capaz de compadecerse por su malestar en ese momento. Estaba demasiado cansada y destruida como para preocuparse por más que sí misma. Se frotó la espalda, haciendo caras por el dolor.

—Nada divertido. Me encontré a Adam...

Zack la interrumpió.

—¿Qué? ¿Estaba en el bosque?

—Y a otro tipo. Ese quiso matarme y... ¡Adam me salvo! Oh, Dios... creo que moriré —gimió tirando de su pijama

empapado. Estaba tan sucia que tardaría horas en sacarse todo eso. Rengueando, fue hasta el baño. Necesitaba ya mismo una ducha caliente. Él, confundido y a la vez molesto, la siguió.

—¿Dices que Adam te salvó? —repitió con cinismo.

—¡Sí! Creí que estaba con el otro hombre, pero impidió que me abriera a la mitad con su gran cuchillo.

Abrió la ducha mientras él se quedaba cabizbajo, pensando.

—No tiene sentido.

—Nada para ti tiene sentido.

Zack levantó la cabeza y la miró con los ojos estrechos.

—Iré por el cuerpo. No salgas de aquí.

Zoey asintió, sacándose la parte de arriba del pijama.

—Vuelve pronto, por favor —rogó, temerosa de que el otro tipo volviera por ella. Aún con lo que Adam le había dicho, no podía confiarse de nada. Zack asintió e hizo un gesto despreocupado y la dejó con la duda sobre comentarle la información que había obtenido. Quizás era mejor guardárselo hasta que estuviera limpia.

—Pondré un conjuro alrededor del cuarto, nadie más que yo podrá entrar. No sé cuánto dura exactamente, pero servirá por un rato.

Y sin decir nada más, se dio la media vuelta y saltó por la ventana.

Llena de dolor por el último golpe, y con esfuerzo, ella terminó de desvestirse. Cerró la puerta y se metió de lleno en la ducha caliente, todavía pensando qué diablos pasaba con Adam Smith, pero muy convencida de que malo no era.



Capítulo 9

Tardó tanto en bañarse que Zack regresó antes de que saliera del agua. Así, él abrió la puerta de un golpe y sorprendió a la chica envolviéndose con cuidado en la toalla.

Ella pegó un grito ahogado y luego descargó su furia con él.

—¿Qué tan lejos fuiste en el bosque? —preguntó Zack seriamente, ignorando que ella estuviera casi desnuda.

Zoey abrió la boca para hablar, pero la cerró. No había tenido mucho tiempo de pensar en lo que había pasado.

—No mucho. Solo me crucé a Adam.

Zack alzó ambas cejas.

—Claro, Adam te salvó —dijo, desconfiado.

Ella alcanzó la bata del perchero, apresurada por taparse. Él parecía bastante serio en ese momento, pero en esos pocos días había conocido esa personalidad *ciclotímica* que tenía. Persona muerta normal en un momento, persona muerta desubicada en el otro. No quería que él se lanzara contra ella con comentarios indecentes al verla en paños menores.

—Sí, Adam me salvó. ¿Eso no lo hace enemigo, verdad? Así que deja de verlo de esa forma.

Zack frunció aún más el ceño.

—¿Forma? ¿De qué forma? —se quejó.

—¡Como si lo acusaras! —Zoey lo señaló con el dedo, antes de pasar por debajo de su brazo para ir al cuarto—. Crees que él fue el culpable de tu muerte. Es decir, si lo fuera, yo no estaría aquí. Si quisiera el dije lo hubiera intuido cuando el otro tipo quiso rebanarme.

—¡No puedes pensar que es un santo ángel solo porque te indicó el camino! Los malos pueden hacer cualquier cosa para hacerte confiar, ¿lo entiendes?

Ella se volteó a verlo. Otra vez estaba ahí con lo mismo. ¿Qué sentido tenía que él la hubiera salvado para matarla luego? Ninguno.

—¡Por favor, Zack! Piensa un poco, no importa qué clase de problema hayas tenido con Adam...

—Yo no tuve problemas con él —gruñó el muchacho, parado en la entrada del baño—, él tuvo problemas conmigo, por eso me preparó esa sorpresita en el sótano.

—Adam no es más que un adolescente.

—¡Los adolescentes también pueden matar, niña ingenua! Yo trato de salvarte la vida, por si no lo recuerdas. ¡No confió en él y deberías hacer lo que yo te digo!

—No eres mi padre —masculló ella, molesta.

—No me interesa. ¡No te acerques a Adam!

Zoey rechinó los dientes.

—¡No me dirás qué hacer!

—¿Olvidas que hoy te salvé la vida *de nuevo*? —gritó Zack, cerrando la puerta del baño detrás de él—. Si no fuera por mí ya estarías descuartizada en cualquier sitio.

—¡Bien, te lo agradezco! ¡Pero no por eso vamos a pretender que todo es perfecto!

Se miraron con ira durante dos segundos, antes de que él se volteara, enfadado, y ella se sentara en la cama, igual de ofuscada.

Molesta por lo cabeza hueca que era, se levantó y se puso un pantalón y una camiseta por debajo de la bata y se metió entre las sábanas. Él se quedó parado de espaldas por largos minutos, hasta que ella, cansada por el terrible embrollo en el que él la había metido, se sentó y le exigió que apagara la luz.

Zack giró apenas la cabeza, con una mirada de profundo odio, antes de caminar hasta la tecla de la luz. Todo quedó en silencio, y a pesar de que estaba muy enojada, Zoey estaba golpeada y cansada, por lo que se durmió a los cinco minutos, encontrando al fin la paz que necesitaba.



Las clases estaban divinas sin la mitad de los alumnos del colegio. Se habían marchado y los profesores no podían avanzar con los temarios si solo tenían diez niños por aula. Para Zoey eso hacía las cosas más fáciles.

Había mucho que superar por esos días. La muerte de Zack tenía asustados y tristes a varios chicos, lo que provocaba silencios duraderos en los pasillos, corredores e incluso en el almuerzo.

Se sabía que la directora afrontaba conflictos con la policía, los padres y organizaciones estudiantiles que insistían en que lo mejor era vaciar el colegio en su totalidad. Pero luego de las primeras investigaciones, la policía misma anunció que no era necesario cerrar la institución. Lo de Zack parecía solo un accidente y hasta que no se tuvieran pruebas de lo contrario, no había por qué tomar medidas más exageradas. Por lo inmediato se había comenzado y ahora las cerraduras del sótano eran más complejas que antes.

Pero Zoey era la única que sabía que todo aquello en realidad era diferente y lo peor era que no había nada que pudiera hacer para cambiarlo. Solo le restaba fingir que todo era normal.

Otra cosa rescatable en esa situación era que la fila para la comida seguía siendo corta y había más para elegir. Tenía más tiempo libre también, por lo que andaba de aquí para allá con la mochila solo ocupada por el conejo blanco, con el que no hablaba demasiado.

Ese día, como tampoco tenía ganas de escuchar su voz o sus quejas en voz baja, Zoey cerró la mochila del todo y bajó los escalones del primer piso hacia el comedor.

No había llegado a la fila para el almuerzo cuando un chico le cortó el paso. Zoey miró confundida a Adam Smith, que tenía los fríos ojos clavados en los de ella.

—Scott —saludó, a su manera.

—Ah, hola —Zoey retrocedió un paso—, Smith.

—Debo hablar contigo

Zoey miró de reojo su mochila, muy rápido para que Adam no lo notara, e hizo una gran mueca. A Zack aquello no iba a gustarle.

—Es que iba por mi almuerzo.

—Es un segundo. —Sin esperar nada más, Adam la tomó del brazo y la llevó al extremo más lejano del comedor. En cuanto la soltó, Zoey se frotó la muñeca; sí que tenía agarre fuerte. Él ignoró lo que hacía, como si no fuera consciente de la fuerza bruta que tenían sus manos—. ¿Qué pasa? —gimió.

Adam se cruzó de brazos.

—No sé qué diablos hacías en el bosque, pero no debes volver, Scott. Ni se te ocurra regresar —gruñó.

Zoey frunció el ceño. ¿Ahora no sabía? Una alarma se encendió en su cabeza. Él había hablado de escudos y magia esa noche, y el tipo del cuchillo del dije mismo. No tenía sentido que se hiciera el tonto en ese momento.

—¿Por qué? —susurró, alerta.

—No seas estúpida, ¿no viste lo que pasó? Casi te parte la cabeza en dos. Simplemente, hazme caso y aléjate. ¡Mejor! —La señaló con un dedo—, no salgas de la escuela. Ya te dije que aquí nadie puede tocarte.

—Bien —contestó ella, cruzándose de brazos a la vez—. No entiendo nada de lo que dices. ¿Por qué en la escuela no podrían hacerme daño...?

Adam parpadeó y relajó un poco los hombros.

—Es un poco complicado de explicar. Pero ya viste lo que sucede fuera. Hasta la medianera no pueden pasar.

—La verdad es que sería más sencillo si lo explicaras.

Esta vez, él ignoró su insistencia.

—Tú encontraste el cuerpo de Zackary —dijo, sin mirarla a la cara. La mochila de Zoey se agitó, pero el chico no pudo verlo—. ¿Sabes algo de él?

Ella lo miró con la boca abierta por unos segundos. Estaba imaginando qué era lo que él se preguntaba. No había visto al Zack muerto en vivo y en directo, pero sospechaba. Sin embargo, el punto era que ella no tenía *por qué* saber algo. Nadie podía imaginar que Zack tenía un cuerpo y que pasaba los días y las noches con ella en el mismo cuarto.

—Ah... no. Lo que saben todos.

Adam levantó la cabeza.

—¿Estás segura? —preguntó con elocuencia.

Zoey apretó la mandíbula.

—Claro que sí, lo único que sé es que él está muerto —recalcó—. Y que al parecer quedó claro que fue un accidente.

Adam asintió rápidamente.

—Sí, es cierto. —Miró a su alrededor, como temiendo que alguien lo hubiese escuchado—. Tengo que irme. —Y sin más, pasó junto a ella para salir del comedor rápidamente.

Zoey lo siguió con la mirada, mientras su mochila volvía a agitarse. Zack, insultando al aire, intentaba correr el cierre para asomar la cabeza.

Aquella pregunta los había dejado pensado de más. Si sus sospechas iban a que Collins seguía moviéndose, podrían tener problemas. Pero para Zoey era más serio, Adam compartía la opinión de Zack con respecto al bosque, pero no había mencionado ni el dije ni el edificio.

Allí estaba pasando algo raro y ellos dos estaban tonteando.

Caminó de vuelta a la habitación, antes de que Zack se

escapara. Apretó los dientes y se sacó la mochila de la espalda para apretarla con las manos y contenerlo.

—¡Te dije que no hablaras con él! ¿No lo ves? ¡Él sabe algo de mí y todavía así lo seguiste! —despotricó el conejo, saliendo de su mochila en cuanto llegaron al cuarto.

—¿Y qué querías que hiciera? ¿Que saliera corriendo y lo dejara con la palabra en la boca? —contestó, cansada de esa actitud.

—¡Pues sí! —soltó él, recuperando su forma humana—. ¡Hubiera sido lo más sensato! ¿Qué diablos hacia Adam en el bosque, eh?

—¡Y yo qué sé, Zack! Yo sé qué es lo que te alarma de todo esto, lo entiendo. Hay algo raro, pero me salvó de aquel tipo. —Se sentó en la cama y lo miró con un gesto que denotaba agotamiento—. Él también dice cosas sobre el bosque y ninguno me explica nada. ¿Qué se traen, eh? ¿Sabes tú qué es eso de que el colegio es seguro? ¿De que no pueden pasar por encima de la medianera?

—¿El colegio seguro? —dijo el chico, avanzando hasta ella—. ¿Te dijo eso en el bosque, no? —Apretó los labios—. No, no sé a qué se refiere. ¡Será algún chiste suyo, no lo sé! Él sabe mucho más de lo que yo creí que sabía y tú no puedes confiar en nadie, Zoey. Eso del colegio debe ser un chiste. Adam puede matarte todavía como me asesinó a mí.

—¡No creo que haya sido él! —despotricó Zoey, poniendo los ojos en blanco—. Creo que estás llevando esto a un extremo y estás viendo asesinos donde no los hay. ¡Como si el mundo estuviera en tu contra! ¿Y qué hay del bosque, eh? ¿Por qué no eres sincero conmigo?

—El mundo está en mi contra —replicó Zack, apretando los puños, mientras la miraba fieramente, ignorando la última frase—. Todo el mundo está en *tu* contra. Mientras tengas el dije el mundo te perseguirá. ¡Yo ya estoy muerto! No me interesa lo que el mundo tenga para decir.

La chica avanzó un paso hasta él, quedaron solo a centímetros y ella negó lentamente.

—Pues si no te interesa, deja a Adam en paz con esas acusaciones; son demasiado graves. Él me salvó la vida y no tienes pruebas contra él. Sí, es raro y también me preocupa, pero tienes que ser consciente de que acusar a alguien de eso es terrible.

—*Adam es mi asesino* —gruñó él, con los ojos entrecerrados—. Él no es el mundo, él es simplemente la persona que me arrancó la vida.

—Entonces esto es solo por venganza. —Zoey se alejó y Zack apretó más lo puños, como si estuviera reteniendo las ganas de romper algo.

—Cuando alguien te mate, ven a decirme si no quieres justicia. —Y le dio la espalda, para no hablarle más en el resto del día.

Zoey lo miró con ira mientras volvía a tomar su mochila. Salió del cuarto, dejándolo solo, importándole un comino que tuviera que andar sin él por su protección. Después de todo, Adam podría no estar mintiendo.

Tardes después de silencio, una de esas tardes cada vez más frías, tomó una decisión que podría costarle varias cosas. Una de ellas era la vida, pero Zackary seguía esquivando sus preguntas. Más bien, la ignoraba de una forma tan olímpica que ella comenzaba a sentirse más herida que enojada.

¿Por qué no confiaba en ella? Sabía que ese lugar en el bosque era ese edificio extraño, pero se negaba a aclararle hasta lo más básico.

No iba a obtener respuestas así, estaba claro, por lo que quedaba en ella conseguir alguna pista que la orientara. Estaba caminando sobre nubes y no podía seguir así, arriesgando su vida sin entender todas las aristas de ese problema.

Si era acechada, si todo era mentira, si realmente el dije era tan peligroso... Miles eran las preguntas.

Si así era, si el dije ponía en riesgo la vida, ¿cómo diablos había surgido un objeto como ese? ¿Por qué tanto interés en mantenerla alejada de ese edificio? ¿Es que acaso había un secreto que no podía caer en sus manos? Zackary abría la boca,

con todo lo enojado que estaba, pero ella tenía el dije ahora y se merecía saber la verdad.

Ahorrando valor, atravesó los jardines del colegio, casi tropezando. No quería que nadie la viera entrar al bosque en pleno día, menos Zack, pues la ventana de su cuarto daba al lugar a donde ella estaba entrando. Trepó la medianera, cada vez más diestra, y pasó al otro lado.

Rezó para que la suerte estuviera de su lado, porque estaba arriesgando su vida por saber algo que nadie quería decirle. Pero sí tenía seguro que de seguir de esa manera, pasando los días entre peleas y silencio, las cosas iban a empeorar. No podía quedarse quieta aguardando que la muerte llegara como si nada. En ese mismo instante, al menos intentaba no pensar en la estupidez que estaba haciendo y en que podía hundirse en un pozo de portadores muertos a lo largo de la historia.

El punto es que necesitaba entender esa realidad para seguir adelante. Debía conocer su posible futuro sin que la trataran de idiota.

Zack también estaba siendo egoísta, después de todo. Ni siquiera proponía acompañarla a las clases para cuidarla. Aun con lo dicho por Adam, no deberían tomárselo tan al pie de la letra. Él prefería pelear antes que cuidarla.

«Tonto».

Y ella prefería huir al bosque antes que seguir peleando.

«Tú también eres tonta, Zoey», se dijo, con una mueca. Pero no estaba tan insegura. Llevaba una navaja y un gas pimienta en el bolsillo de la falda. Si ese tipo aparecía, le iba a dar bien en la cara y otra patada en las pelotas.

Caminó por el bosque, ya completamente centrada en descargar su frustración con él. Siempre Zackary le había parecido un chico genial, increíble, perfecto e inalcanzable. Ahora que tenía la oportunidad de conocerlo, se daba cuenta de que solo era un niño más de diecisiete años con ñoñerías típicas de su edad.

«Tonto, idiota. ¡Tonto!».

No tenía idea de dónde estaba el templo, en realidad, ni qué tan lejos estaba, pero solo avanzó esperando sentir aquella cosa extraña en su pecho que la guiaba. El dije le diría a dónde ir, estaba casi segura.

Sin embargo, después de haber caminado hasta un punto en el que no veía nada más que verde y marrón, se estancó. Se quedó parada en medio de los árboles, mirando a su alrededor, hasta que reconoció el sitio donde había hecho el conjuro con Zack.

¡No estaba tan lejos, eh!

Dio un paso más hacia la espesura, probando. Recordaba muy bien que ya estando en ese lugar, el dije le había dicho que tenía que seguir. La respuesta fue automática: sintió esa necesidad de moverse. Volvió a correr, prestando atención a su pecho y a las órdenes silenciosas que el collar le daba, hasta que al fin ante ella apareció el magnífico edificio color blanco.

Se detuvo en la entrada, pensando que tal vez ese sería el momento en donde tendría que utilizar el gas. Lo sacó del bolsillo y lo apretó en la mano, contra la manga del suéter. Pero, así como pudo comprobar, no había nadie allí.

El lugar tenía dos arcos a modo de puertas. Eran tan amplias que se podía ver el bosque del otro lado a través de ellas. Muy consciente de que algo podía pasar al entrar, subió los tres escalones blancos hasta el interior. Se sorprendió con las altas paredes que formaban un techo circular, repletas de símbolos tallados en los mismos ladrillos.

Jamás había visto letras como esas. No parecía siquiera griego, que eran un idioma muy antiguo. No había, tampoco, un solo lugar en la pared en la que faltara una inscripción. Caminó hasta la pared y pasó los dedos por las viejas letras. De alguna forma, tocándolas creía que iba a entender mejor.

«Esto es estúpido», pensó. «No obtendré nada». Lo único que sabía era que al dije le gustaba estar allí tanto como a ella le gustaba Zackary Collins.

Suspiró, dando vueltas en círculos. *¿Qué era ese lugar?* Había *algo* allí, si no, no estarían tan empecinados en alejarla. Tal vez tendría algo que ver con las inscripciones.

Con la otra mano sacó su celular, un modelo viejo con una cámara de pésima calidad. Apretó los labios cuando trató de enfocar. Las fotos que logró antes de quedarse sin lugar en la memoria no fueron claras ni bonitas, pero podía distinguir las formas básicas.

Al terminar, decidió que ya había tentado demasiado a la suerte y salió del edificio, con la idea de volver al colegio lo más pronto posible.

Recorrió el bosque por largo rato, sorprendiéndose de su buena orientación y logró regresar. Cruzó los jardines tan rápido como pudo y entró a la escuela por la puerta trasera, que usaba el conserje para salir a hacer sus quehaceres.

Con el teléfono en la mano, subió el tramo de escaleras hasta el primer piso, hacia la deshabitada biblioteca. Estaba segura de que allí debía de haber algo, pues la misma era enorme y contenía libros muy viejos. La encargada pasaba casi todo su tiempo reclinada en su silla durmiendo y no le molestaba que los alumnos entraran a toquetear.

Correteó por los pasillos, entre las estanterías de madera repletas de libros. Buscó principalmente alguno que hablara sobre lenguas antiguas, o poco conocidas, y pasó un buen rato subida a la escalerita sacando tomos que parecían ser los indicados. Juntó algunos que leer en el momento y se sentó en una mesita bien apartada de la bibliotecaria, pero la búsqueda fue inútil.

Después de copiar de las fotografías a un papel las letras con una pluma de tinta y de leer todos los sumarios de los libros, se estiró desganada en la silla y miró ausentemente por la ventana que daba al río y al pueblo.

No podía ser que ningún libro hablara sobre ese idioma. ¡Alguien debía conocerlo!

Frunciendo el ceño, volvió a releer los libros, pasando las

hojas por las dudas de que se hubiera olvidado de mirar algo. Pero nada. Parecía que ese idioma era desconocido, por lo menos para esos autores.

Saltó de la mesa, juntó los libros con las manos, los dejó en su lugar y fue hasta el rincón apartado de la biblioteca donde tenían varias computadoras disponibles para la investigación en clase. Si no había nada en una biblioteca, en internet seguramente encontraría las respuestas.

Aquello, en realidad, fue aún más difícil, porque por más que pusiera: «*Idiomas antiguos poco conocidos*» en Google, solo saltaban opciones de lenguas muertas como el Latín, el Íbero, el Griego antiguo y el Picto. Ningún ejemplo se parecía a las escrituras del templo y ella sabía muy bien que ese lugar tenía por lo menos doscientos años.

¿Sería acaso un idioma de unos pocos, así como algún código?

Zoey soltó el *mouse*, mordiéndose el labio inferior. Podría ser, claro. Todo podía ser, pero como no le quedaban otras pistas decidió contar con esa como la única vigente.

Tendría que relacionar de otro modo las cosas, pues el edificio estaba, obviamente, fuera de los terrenos del colegio. Ese amplio bosque era propiedad del municipio. Entonces, por deducción, el templo y sus escrituras tenían alguna relación con el pueblo. Los que lo habían construido podrían haber sido exactamente los mismos que habían llegado de Europa para asentar las bases de la ciudad que conocían. Incluso, podían haber sido los mismos que habían construido el colegio donde ella estaba ahora.

Pero al fin y al cabo, en el colegio no había información, así que debía buscarla en otro lado. Se volteó hacia las ventanas. La biblioteca del pueblo era aún más vieja que la del colegio y, seguramente, *allí debía de haber algo*.